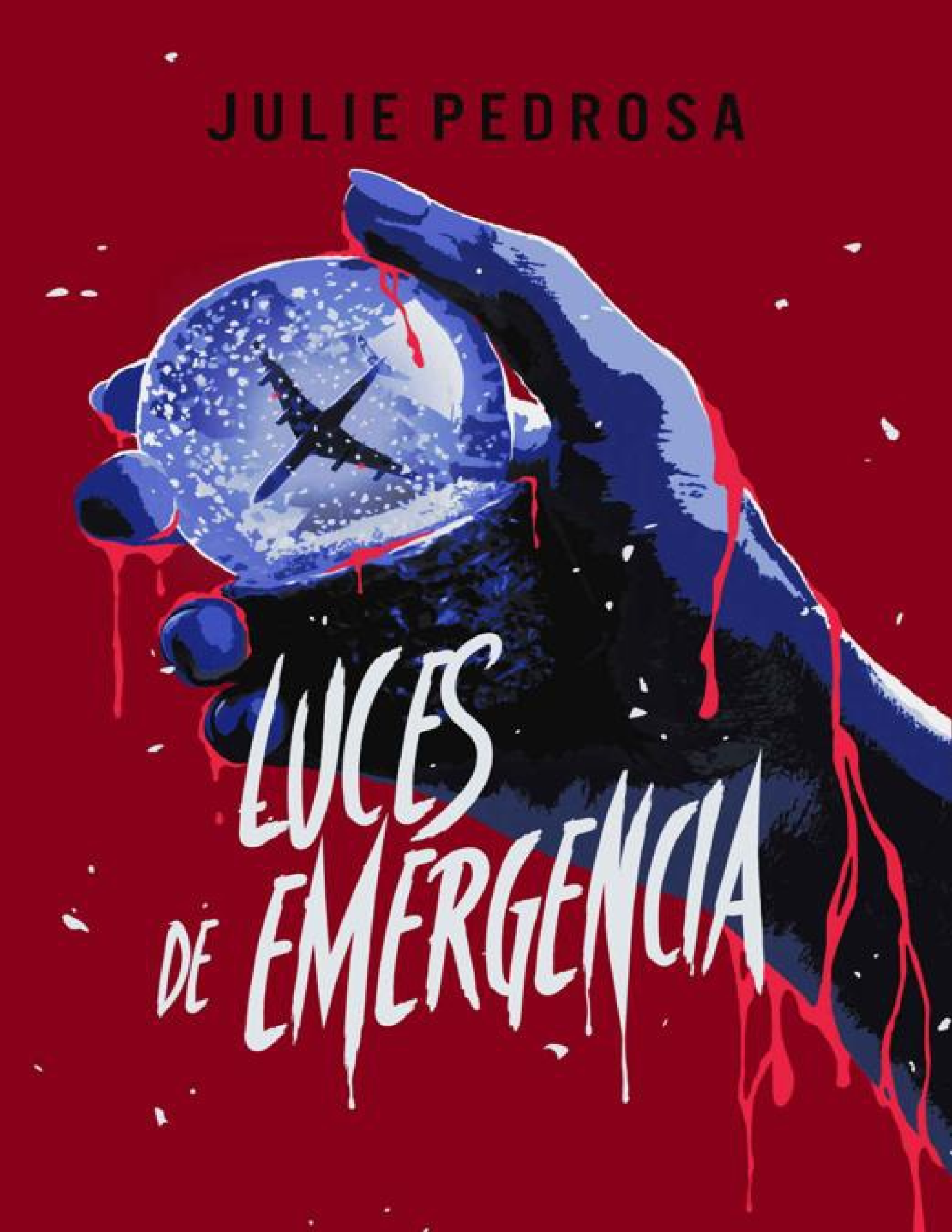
JULIE PEDROSA



LUCES DE EMERGENCIA

JULIE PEDROSA

LUCES DE EMERGENCIA



Luces de Emergencia.
Copyright © 2024 Julie Pedrosa.
Todos los derechos reservados.
Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Ley de Derechos de Autor, Brasil)**.**

Prohibido el almacenamiento y/o la reproducción gratuita o comercial de esta obra sin la autorización de la autora. Se prohíbe la divulgación parcial de la obra, incluso de forma gratuita, sin los créditos correspondientes. *Luces de Emergencia* es una obra de ficción, cualquier semejanza con personas o hechos reales es mera coincidencia.

Esta obra reproduce pequeños fragmentos de "*Jingle Bells*", letra y música de James Lord Pierpont, 1857, conforme lo dispuesto en el artículo 46, VIII, de la Ley n. 9.610/98 (Brasil).

Portada: Marcus Pallas
Ilustración contraportada: André Martuscelli
Diseño editorial: Julie Pedrosa
Imágenes diseño editorial: freepick.com
Revisión: David Rodriguez

Para todos los ateos que empiezan a
rezar cuando el avión se balancea.
Feliz Navidad.

CAPÍTULO 1



Dashing through the snow

Elena Garbacio no debería estar a bordo del vuelo 3393.

Era el día 24 de diciembre. El vuelo de San Francisco a Londres duraría diez largas horas, lo que implicaba pasar la Navidad a más de 30.000 pies de altura, sobrevolando el Polo Norte.

Elena no pudo decirle que no a su compañera de departamento cuando le pidió que la reemplazara, por lo que ahora tendría que pasar su Navidad a bordo. Siendo justa, la propuesta no estaba nada mal. De hecho, tenía razones egoístas para no pensar dos veces antes de aceptar el vuelo 3393.

El interfono de la *galley* delantera sonó. La azafata sacudió su cuerpo para ahuyentar el frío y atravesó el pequeño espacio de la cocina del avión. En el camino, cerró la cortina entreabierta que separaba el área de los tripulantes de la cabina de pasajeros, luego puso el interfono contra la oreja y saludó al comandante.

— ¿Puede traernos algo caliente para beber, Srta. ¿Garbacio? — La voz de Amara era dulce, casi una caricia. Ahí estaba la verdadera razón por la que Elena había aceptado cambiar de vuelo.

Se preguntó cuáles eran las posibilidades de que la comandante apareciera en su habitación cuando llegaran a Londres y deseó que fueran grandes. Pasar la Navidad volando era, como mínimo, desalentador, pero si a la mañana siguiente estaba sola en el frío e indiferente Londres, enterraría cualquiera de sus esperanzas de tener unas vacaciones dignas y se permitiría llorar hasta el Año Nuevo.

— ¿Chocolate caliente o café? — preguntó, pronunciando las palabras en un inglés perfecto con un toque de acento brasileño que siempre se negó a perder.

— Dos chocolates, por favor.

Elena confirmó y colgó el interfono. Antes de preparar las bebidas, sus ojos pasaron por los pasillos de la clase ejecutiva, comprobando si había alguna señal luminosa encendida que indicando si algún un pasajero quería ser atendido. Por suerte, trabajaba con un equipo eficiente esa noche y podía dirigirse al carrito de bebidas sin preocupaciones.

El reloj en su muñeca indicaba que estaba cerca de la medianoche. En Brasil, ese era el momento en que *realmente* ocurría la Navidad. Recordaba que su madre no dejaba que nadie comiera hasta que las manecillas marcaran las doce y la desesperación de los niños esperando el final de la oración para devorar todo lo que tenían por delante.

Mientras servía las bebidas y tomaba algunas galletas de azúcar como acompañamiento, Elena hizo una cuenta mental para recordar cuánto tiempo había pasado desde que se había ido de casa. No pudo recordar con exactitud, imaginaba que habían sido entre once y doce años — tiempo suficiente para acostumbrarse a extrañarlos, excepto en días como aquel.

Si pudiera tener unos días más de descanso, podría visitar a su familia, pero veinticuatro horas no eran suficientes para tomar un vuelo a Brasil y regresar a tiempo para trabajar al día siguiente. Ya había sido amonestada por retrasarse en una de esas ocasiones, no valía la pena intentar de nuevo.

Puso la bandeja en una mano y con la otra apartó la cortina que separaba la cocina del pasillo hacia la cabina de mando. Golpeó dos veces en la puerta y miró a la cámara en la esquina de la pared. Luego, entró.

La inmensidad de la noche la tomó por sorpresa. Estaba acostumbrada a llevar bocadillos a los pilotos y echar un vistazo al paisaje, aun así, siempre se maravillaba con los cristales que cubrían toda la parte frontal del avión, casi en una vista panorámica. Los colores que el atardecer pintaba en las nubes eran hermosos, pero a Elena le gustaba especialmente la oscuridad de la noche, con el interior de la aeronave iluminado solo por las estrellas.

La luz débil y amarillenta de los instrumentos de vuelo brillaba sobre Amara y su copiloto. Podrían haber encendido las luces blancas de la cabina, pero Elena imaginó que, al igual que ella, querían disfrutar de las estrellas y del horizonte en un perfecto degradado de azul.

— Elena. — Andrew, el copiloto, sonrió hacia ella. Se estiró en la silla y extendió las manos para ayudarla con la bandeja. — ¿Cómo va el servicio de a bordo?

— Ya hemos terminado. — Elena entregó la taza a Amara, sus ojos castaños deteniéndose más tiempo del necesario en la mujer. — Todo tranquilo, por ahora.

Amara le dirigió una sonrisa educada. En la oscuridad de la cabina de mando, su piel negra brillaba en tonos dorados con el reflejo de los instrumentos, haciéndola aún más hermosa. Elena deseó tocarla, pero contuvo sus impulsos. El último vuelo en el que estuvieron juntas aún estaba intacto en su mente; no necesitaría mucho esfuerzo para recordar sus besos descendiendo por todo el cuerpo de la comandante y lo doloroso que fue al día siguiente descubrir que Amara estaba casada — con un hombre, además.

No entendía por qué se estaba torturando con algo que no podía tener. Nunca había sido ese tipo de mujer, pero en la soledad de una noche de Navidad lejos de casa, no sería difícil encontrar una justificación para sus impulsos autodestructivos. Vivir en el extranjero era solitario, ser azafata aún más, y los valores morales se perdían en medio de despegues y aterrizajes. Al final, estaba siguiendo el mismo camino de cualquier tripulante: enamorarse del mundo, desencantarse de sí misma.

— Ya que estás aquí, ¿puedes hacerle compañía a la comandante Nkosi mientras voy al baño, por favor? — Andrew guiñó un ojo a Elena, se levantó del pequeño espacio destinado al copiloto y la tocó en el hombro mientras se dirigía a la salida.

La azafata miró a Amara, que ahora observaba el horizonte, sorbiendo su chocolate caliente. No estaba segura si Andrew había notado el ambiente entre ellas o quizás estaba siendo amable. Aunque vivían en el mismo complejo de departamentos, Elena no lo conocía lo suficiente para predecir sus acciones.

— Estamos pasando por el Polo Norte — dijo Amara, señalando con el mentón el panel. Elena se alegró de escuchar su voz y se erguió para ver la vista.

— ¿Se puede ver la casa de Papá Noel desde aquí? — bromeó, dejando la bandeja a un lado para apoyarse en la silla vacía de Andrew.

Amara soltó una risa leve y la miró de reojo.

— No lo sé, mantente alerta, quizás pase con el trineo. — La comandante levantó una de sus gruesas cejas.

— He oído a comandantes decir que han visto naves espaciales y OVNIs, ¿qué sería Papá Noel en comparación? — Elena se encogió de hombros y pasó la mano sobre la falda, nerviosa. Tomó el gorro de Navidad que llevaba y que ahora estaba resbalando por su cabello rubio, y pasó los dedos por el pello antes de volver a colocarlo en su cabeza.

La comandante percibió su nerviosismo, comprimió los labios y dejó la taza a un lado.

— Hasta hace poco, se decía que era imposible que un avión volara tan alto, y aquí estamos. — Por primera vez, Amara no desvió la mirada. — Lo imposible solo es imposible hasta que alguien cree que es posible.

— Qué frase tan mal hecha. — La azafata sonrió, mostrando que había entendido lo que quería decir. Sintió un peso salir de sus hombros al tener los ojos de Amara sobre ella y se dio cuenta, solo en ese momento, de que temía que la mujer estuviera molesta por algo que había sucedido, aunque no había hecho nada malo.

Elena debería estar molesta, no al revés.

— ¿No querías pasar la Navidad en casa? — Amara pasó la mano por el cabello rizado recogido en un moño tan firme que probablemente le dolía la cabeza. — Tu nombre no estaba en la escala.

— ¿Estás buscando mi nombre en las escalas, Amara? — La frase se escuchó como una súplica. Elena no quería sonar tan desesperada, así que cambió de tema como si no le importara. — No hay nadie esperándome en casa y mi amiga consiguió un nuevo novio, quería pasar la Navidad con él. Fue un cambio justo.

Su frase no pasó desapercibida; los ojos oscuros de la comandante recorrieron su rostro, los mechones de cabello rubio que escapaban del moño y el uniforme bien planchado. Los labios voluminosos de Amara se abrieron, dispuestos a responderle, pero una señal luminosa se extendió por el aire antes de que la comandante pudiera hablar.

La cabina de mando se llenó de una luz roja que parpadeaba sin parar, y la voz robótica de aviso sonaba diciendo "*fuel*" repetidamente. Amara miró el panel, con la frente fruncida en señal de incomprensión y un poco de desesperación. Elena sintió la angustia crecer en su pecho, y su mente pronto la convenció de que debía ser algo simple de resolver, que Amara tenía el control.

Además, estaba entrenada para momentos como ese. Necesitaba mantener la calma.

— ¿Qué está pasando? — preguntó, aferrándose a la silla de Andrew para mantener el equilibrio.

La vista del horizonte empezó a cambiar sin que nadie hubiera movido el control. A pesar de su conocimiento básico sobre pilotaje, Elena entendió que algo estaba interfiriendo en la estabilidad del avión.

— El combustible se ha congelado. — Amara tenía el rostro torcido, las manos agarrando el control hasta que los nudillos se pusieron blancos. Su postura hacía evidente que no entendía por qué estaba pasando eso, y la forma en que sus ojos buscaban datos en la computadora de a bordo mostraba que tampoco sabía cómo solucionarlo. El problema no se limitaba únicamente al combustible congelado, concluyó Elena. De lo contrario, Amara no tendría dificultades para resolverlo. — Llama a Andrew y dile a todos que se sienten y se abrochen los cinturones.

Elena asintió y salió tropezando de la cabina de mando. Afuera, se dio cuenta de que la turbulencia era mucho mayor en la zona de pasajeros que en la parte delantera del avión. Aferrándose a los compartimientos superiores, caminó por los pasillos pidiendo disculpas cada vez que el sacudón la hacía chocar con alguien.

La señal de abrocharse los cinturones ya titilaba por toda la aeronave antes de que ella llegara al final del pasillo. Los pasajeros la detenían, preguntando qué estaba pasando, y Elena mentía deliberadamente diciendo que estaban atravesando una zona de turbulencia. Los más temerosos se aferraban a los reposabrazos de los asientos, y algunos soltaban gritos ahogados cada vez que un sacudón agitaba el avión.

Mientras buscaba a Andrew con la mirada, pedía de forma robótica a los pasajeros que se

sentaran, pensando que ella misma necesitaba asegurarse lo más rápido posible. Un grupo de señoras rezaba en una esquina, mientras algunos hombres insistían en sacar algo de los compartimientos y usar el baño, ajenos a la turbulencia y a los problemas que podrían causarles si no se protegían.

Una parte de los pasajeros temía por sus vidas, mientras que el resto coqueteaba con el peligro.

El copiloto salió de la galle de clase económica premium, ubicada en el centro de la aeronave. Por la expresión de culpa que llevaba, era probable que se hubiera distraído conversando con las azafatas. Al pasar junto a ella, Andrew no se preocupó por saber qué había pasado, solo murmuró en voz baja que se sentara.

Con el aumento del sacudón del avión, no fue necesario mucho más para que los pasajeros finalmente obedecieran la orden de abrocharse los cinturones. Los gritos empezaron a hacerse constantes y las oraciones silenciosas se disparaban en forma de murmullo por la aeronave. Elena tenía dificultades para concentrarse; sus pensamientos acelerados, junto con el ruido dentro de la cabina, se volvían un torbellino insoportable.

Consideró volver a la *galley* de la clase ejecutiva. Como jefa de cabina del vuelo, temía que la tripulación de cabina a su cargo necesitara asistencia. Sin embargo, sería imprudente seguir caminando en una turbulencia como esa. Esperaba que el entrenamiento de *LivrAir f*uera suficiente en caso de que lo necesitaran y se apresuró hacia los asientos de los tripulantes de clase económica premium.

Abrochó el cinturón de cuatro puntos y revisó la *galley* con la vista para confirmar que los carritos de comida estaban todos asegurados y que nada se soltaría y los mataría aplastados contra las paredes del avión. Aún estaba traumatizada por el caso de una azafata de la compañía que fue aplastada durante una turbulencia: ella estaba viva, pero Elena no quería vivir una experiencia similar.

A su lado, una joven recién promovida temblaba. Era una joven francesa sin mucha experiencia. Por lo poco que Elena había hablado con ella en la sala de *briefing*, imaginaba que estaba viviendo sus días de azafata exactamente como todas las otras chicas de su edad lo hacían al ingresar a una aerolínea: fiestas, sexo y compras internacionales.

No podía culparla. Cuando era más joven y estaba fascinada con la vida de azafata, ella misma se había olvidado de que el trabajo que realizaba era mucho más que servir bebidas a 30 mil pies de altura. En medio de la vida bohemia y detrás del lujo, existía una profesión que tenía, por encima de todo, como objetivo, la seguridad a bordo; olvidar esto era demasiado fácil cuando el número de accidentes aéreos era una rareza.

Un sacudón las hizo saltar en el asiento. Berna, la azafata encargada de la clase económica premium, estaba sentada frente a ellas y miró hacia las ventanas de emergencia más cercanas. El cielo oscuro del Polo Norte seguía envolviéndolas en su oscuridad. Elena sostuvo el cinturón contra su pecho, sus ojos marrones recorriendo los pasillos para asegurarse de que ningún pasajero loco se hubiera levantado de su asiento.

Cuando un segundo sacudón las golpeó, la azafata a su lado puso la mano sobre la suya y la apretó. Elena buscó su nombre en la placa y le dio una sonrisa complaciente.

— Todo va a estar bien, Amélie — dijo con convicción, aunque no tuviera tanta certeza de lo que decía.

No era un miedo irracional. Elena percibió el pavor en los ojos de la joven y de la otra azafata. Entre los gritos de los pasajeros, era difícil comunicarse, pero el desespero que se dibujaba en el rostro de cada una era suficiente para entender que aquella no era una turbulencia

normal. Las azafatas estaban acostumbradas a las turbulencias, sabían identificar cuando algo salía del patrón porque volaban día y noche, más veces de las que cualquier ser humano volaría durante su vida. La forma en que aquella aeronave las lanzaba hacia arriba y hacia abajo era presagio de algo mucho peor que lo habitual.

Las sacudidas cesaron por un momento, y Elena repasó en su mente los procedimientos de emergencia para un aterrizaje forzoso en el hielo. Sabía que Berna y Amélie estaban haciendo lo mismo. Sobrevivir en el Polo Norte era lo más improbable, las temperaturas serían insoportables, y con los gritos de los pasajeros, apenas podía pensar en cómo mantendría a esas más de trescientas personas a bordo vivas.

El ruido del intercomunicador rompió la oración tácita que las azafatas hacían al mirarse unas a otras. Elena tomó la iniciativa de estirar el cuerpo y atender el interfono a sus espaldas.

— Azafata Garbacio, comandante.

— Elena. — La voz de Amara estaba temblorosa y se podía escuchar el caos agonizante de los avisos sonoros al fondo de la llamada mezclándose con ella. — Nuestro sistema de descongelación y de intercambio de calor del combustible está en panne. Por eso, el combustible ha comenzado a congelarse. Ni siquiera debería ser posible... — Su voz falló, la última frase fue dicha en voz baja y llena de frustración. — Estamos perdiendo sustentación por el hielo acumulado en las alas y el motor, además, el sensor de velocidad también está congelado, y no puedo controlar la información proporcionada por el computador de a bordo, todo está incoherente y no puedo revertirlo. Contacté al aeropuerto más cercano, pero no creo que podamos llegar allí.

Hubo un breve momento de silencio en la línea antes de que Amara continuara hablando. Esta vez, con una voz más firme, las órdenes atravesaron el interfono hasta Elena.

— Haremos un aterrizaje de emergencia en el Polo Norte en aproximadamente quince minutos. Las partes más afectadas serán la parte delantera y las alas. Comunicaré a los pasajeros. Por favor, prepara a la tripulación para el impacto, daré la orden a través del altavoz y la orden será “tripulación, impacto”. Confirma todo lo que escuchaste.

Elena miró a las otras azafatas, Berna había dejado de rezar y ahora la miraba. Sintió un nudo en la garganta, pero repitió la información de Amara, palabra por palabra, observando la expresión de choque y desesperación en los rostros de sus colegas que llenaban la *galley* de clase económica premium.

— Dame cinco minutos para posicionar a todo el equipo en los pasillos antes de que hagas tu anuncio — pidió a Amara.

— Cinco minutos, esperaré tu señal por el interfono. Intentaré estabilizar la aeronave al máximo reduciendo nuestra altitud — respondió con voz endurecida, seria. La azafata estaba a punto de colgar la llamada cuando la comandante la llamó otra vez. — Elena...

Esperó que dijera algo relacionado con la emergencia, pero lo que surgió entre ellas fue el silencio ensordecedor. Todo lo que podía escuchar en la línea eran los avisos sonoros de la cabina de mando y los gritos de los pasajeros al fondo de la llamada, pero sus oídos taparon el caos como si pudiera concentrarse solo en la voz de la comandante. La respiración de Amara se entrecortó, un suspiro escapando de sus labios. Le tomó dos segundos a Elena darse cuenta de lo que la comandante realmente quería decir, mientras sus hombros se hundían y su corazón se apretaba.

Amara quería pronunciar palabras que no podía, expresar deseos que nunca formarían parte de su realidad. No tenía nada que ver con los procedimientos de emergencia. Elena se alegró de saber que el sentimiento que habían vivido juntas, aunque breve, no fue una creación

de su mente. Había sido real.

— Lo sé — respondió, rompiendo el silencio entre ellas. — Todo va a estar bien.

— Cinco minutos.

Elena asintió, aunque la comandante no pudiera verla. Devolvió el interfono a su lugar y se volvió hacia el equipo de tripulantes de vuelo que la observaba.

— Estamos en una verdadera situación de emergencia —dijo, mientras los sacudones del avión interrumpían su voz. — En catorce minutos, haremos un aterrizaje de emergencia en el Polo Norte, las áreas más afectadas serán la parte delantera y las alas. — Elena no podía creer que esas palabras estuvieran saliendo de sus labios. Era cómico, absurdo, imposible. Los rostros de Berna y Amélie reflejaban su propio asombro. — La comandante avisará a los pasajeros y la orden para que asumamos la posición de impacto será "tripulación, impacto", a través del altavoz. Les pido que se organicen en los pasillos para el aviso de la comandante. Comisaria Berna, ¿puede tomar el control por aquí? Necesito volver a mi puesto y avisar a la tripulación de la clase económica.

La otra mujer asintió, adoptando un papel más activo que el de su rezo anterior. Elena no estaba segura de si podría manejar la situación, pero como azafata sénior y jefa de cabina de ese vuelo, su papel iba además de la clase económica premium. Necesitaba coordinar a otros ocho tripulantes distribuidos por el avión.

Berna abrió los cinturones y se levantó, dando señales para que Amélie hiciera lo mismo. Elena las acompañó con gestos apresurados y se precipitó por los pasillos del avión, esquivando a los pasajeros que agarraban sus muñecas y la jalaban para preguntarle qué estaba pasando. La mayoría temblaba, la tocaban con las manos frías e intentaban hacerse oír entre los gritos. Elena se liberó con delicadeza de sus toques y les aseguró que pronto la comandante explicaría la situación. Antes de entrar en la clase ejecutiva, miró hacia atrás una última vez, justo a tiempo para ver a Berna organizándose para las demostraciones de emergencia.

Miró el reloj; aún tenía algunos minutos para organizar a su equipo. Estaba sin aliento cuando llegó a la *galley* y reunió a las dos azafatas que trabajaban con ella. Elena llevaba dos años como azafata de clase ejecutiva y, en otros aviones más grandes, como azafata de primera clase. Pero ser jefe de cabina era algo nuevo y se le hacía raro tener a todos esos tripulantes esperando una orden suya.

Repitió el mismo discurso que había hecho antes, pero esta vez para las azafatas de clase ejecutiva. Estas, a su vez, reaccionaron con más coraje y determinación ante el anuncio de un aterrizaje forzoso que las otras dos. Quizás, pensó Elena, tenía que ver con el hecho de que en ejecutiva estaban acostumbradas a tratar con los pasajeros más insoportables, aquellos que se creían dioses, mucho mejores que ellas o que cualquiera en el avión — enfrentaban una muestra gratuita del infierno todos los días.

Sin embargo, los tripulantes en clase económica estaban más ansiosos que todos. Elena tuvo que asegurarles que el entrenamiento de *LivrAir* los preparaba para situaciones como esa y que tenían todo bajo control. Sus cerebros sabían qué decisiones tomar, cuáles eran los procedimientos: habían entrenado incansablemente para, en caso de emergencia, adaptarse como robots a la situación, tener el manual de supervivencia en la punta de la lengua y las manos ágiles preparadas para enfrentar los terrores de un accidente aéreo.

Elena tuvo que repetirse a sí misma que no estaba mintiendo. Sí, tenía todo bajo control.

A pesar de que la turbulencia había disminuido, aún tenía dificultad para mantenerse de pie. El avión se inclinaba como si se estuviera preparando para el aterrizaje, pero la tripulación sentía en su piel que no era el caso. Al final de los cinco minutos que había pedido a Amara,

todos los azafatos estaban en los pasillos: de clase ejecutiva, económica premium y económica.

La tripulación se miró entre sí, con palabras no dichas perdidas en medio del zarandeo del avión. El estómago de Elena se revolvía y un frío ansioso le subía por el vientre. Las probabilidades de sobrevivir a un aterrizaje forzoso en el Polo Norte eran casi nulas. Si el impacto brutal contra las capas de hielo no los mataba, lo haría el frío agonizante que vendría después, o la falta de suministros con el paso de los días. Había una serie de factores que los predisponían a la exterminación y casi ninguna esperanza entre ellos.

Elena dio una señal por el interfono a Amara, y al segundo siguiente, su voz, distorsionada por la interferencia del altavoz, resonó por todo el avión. Las luces de la cabina se encendieron, despertando a aquellos que aún no habían sido despertados por el balanceo del avión y movimiento de la tripulación.

— Señores pasajeros, les informo que estamos en una situación de emergencia debido a una falla en el sistema de descongelamiento.

Los gritos de los pasajeros reverberaron por la cabina. Elena se esforzó por pedirles calma y que escucharan a la comandante, pero los clientes de clase ejecutiva solían ser exigentes y creer que, incluso en medio de las nubes, eran mejores que los demás y merecían un trato diferenciado. Fue incisiva con algunos de ellos, lo que los silenció por un momento.

— Les pido calma, señores — continuó Amara. — Nuestra tripulación está altamente capacitada para este tipo de situaciones, por lo que, a partir de ahora, sigan todas las órdenes de los sobrecargos.

La voz se desvaneció, quedando solo los gritos desesperados de los pasajeros. Elena tomó el interfono de contacto con la cabina y respiró hondo antes de iniciar su discurso de emergencia.

— Señoras y señores, atención. Les habla la jefa de cabina de este vuelo, Elena Garbacio. — Trató de tragar saliva y deseó poder decir esas palabras en portugués. Su nerviosismo y ansiedad estaban acentuando su acento, pero por suerte, seguía siendo comprensible. — Necesitamos su cooperación, por favor, escuchen atentamente nuestras instrucciones. — Entre los pasajeros, alguien gritó pidiendo silencio. La histeria colectiva dificultaba la comprensión. Elena elevó la voz, temiendo no ser escuchada. — Regresen inmediatamente a sus asientos y, si es posible, ocupen las sillas del pasillo. Iniciaremos la preparación de la cabina. Los tripulantes recogerán vasos, papeles, envolturas, periódicos y otros objetos. Coloquen sus equipajes de mano en los compartimientos superiores y, si no caben, déjenlos en el pasillo, los tripulantes los recogerán y los guardarán.

La actividad en la cabina ya había comenzado. Una fuerte sacudida lanzó a Elena contra la pared. Se sostuvo de las sillas para mantenerse en pie y sujetó el interfono con más fuerza.

— Pongan el respaldo de sus sillas en posición vertical, cierren y aseguren sus mesitas, y abróchense el cinturón de seguridad. — Su voz falló por un momento, carraspeó, sintiendo dolor en la garganta. — Necesitaremos la ayuda de algunas personas. Tripulantes o empleados de *LivrAir*, policías, militares o bomberos, por favor, identifíquense con los tripulantes.

Continuó su discurso, esforzándose por respirar. Cuando terminó, devolvió el interfono a su lugar y revisó el estado de la cabina, siempre con la mirada fija en el reloj.

Los sobrecargos la miraban al pasar, como si pudieran encontrar alguna esperanza en sus ojos a la que aferrarse. Aunque Elena siempre había sido optimista — con ese "toque brasileño" que el equipo solía destacar —, era difícil mantener la esperanza en una situación como esa.

Se detuvo junto a las salidas de emergencia y preguntó a los pasajeros que estaban sentados allí si se sentían capaces de abrirlas. Ambos negaron, y Elena tuvo que cambiarlos de lugar. Pasó los siguientes minutos reubicándolos y enseñando a los pasajeros las posiciones de

impacto que debían adoptar en el momento del aterrizaje, así como la forma de abrir las salidas de emergencia. Pidió a las mujeres con bebés en brazos que protegieran a sus hijos con su propio cuerpo y, finalmente, se quedó en los pasillos, junto a sus compañeros, para la demostración de emergencia.

Cuando el procedimiento finalizó, quedaban solo dos minutos para el aterrizaje. Elena sentía cómo la aeronave perdía altitud bruscamente, con un frío que se instalaba en su estómago y se extendía hasta el bajo vientre. La opresión en sus pulmones crecía a medida que el avión caía en el aire, cada sacudida se sentía como si alguien los empujara hacia abajo. Si Elena fuera cristiana, tal vez se preguntaría si no estaban siendo castigados y arrastrados al centro del infierno.

Bajó las luces de la cabina y se dirigió una última vez a los pasajeros, recordándoles la posición de impacto y la señal. En los últimos minutos, el avión comenzó a balancearse de forma descontrolada, haciendo casi imposible mantenerse de pie en la cabina. Elena se sentó en su asiento, se abrochó el cinturón de cuatro puntos y tomó el interfono, verificando cada *galley* y clase hasta que todas estuvieran listas para el aterrizaje. Faltaba un minuto. Deseó beber agua para aliviar la bola de angustia que se había formado en su garganta, pero en su lugar presionó el botón para el altavoz de la cabina de mando.

— Comandante. — Elena humedeció sus labios secos, cerró los ojos y suspiró. — Estamos preparados para el aterrizaje forzoso.

Amara no respondió, pero tampoco era necesario. Elena sabía que si el caos en la cabina de pasajeros era grande, dentro de la cabina de mando debía ser mucho peor. Devolvió el interfono a su lugar y esperó en silencio a que el anuncio de sus muertes rompiera los gritos y las oraciones.

Escuchó a un niño cantar "*Jingle Bells*" mientras su madre lo sostenía en brazos. Pronunciaba cada estribillo como una oración, un deseo navideño en medio de esa pesadilla. Era mórbido y aterrador cómo su voz aguda e infantil llenaba la cabina, sobreponiéndose al desesperado clamor de gritos y lamentos.

La voz de la comandante se escuchó poco después, la frase que Elena había oído tantas veces en su entrenamiento resonando como un anuncio fúnebre.

— Tripulación, posición de impacto.

Toda la tripulación en la cabina de pasajeros repitió la orden: *posición de impacto, posición de impacto*. Las voces gritando al unísono, repetidamente, parecían salidas de una película de terror. Elena gritaba y al mismo tiempo se preguntaba si el entrenamiento había sido suficiente, si podrían salir de allí con vida. Había hecho todo hasta ese momento de manera robótica, ensayada, tal como lo había hecho tantas veces durante las clases, pero su mente aún no comprendía que se trataba de una situación real. El infierno no terminaría con una palabra alentadora de su instructora, elogiándolos por una actuación exitosa.

El avión se precipitó desde el cielo en medio de gritos de desesperación y súplicas de socorro. Un sacudón brutal lanzó a Elena hacia adelante y luego hacia atrás. Las luces de la cabina parpadeaban como las luces de Navidad que deseaba ver al llegar a Londres, solo para luego ser absorbidas por la oscuridad y caer desde los cielos en un pandemonio de lamentos.

Con la presión inmensa aplastando su caja torácica, nadie era capaz de gritar. El silencio se apoderó de la aeronave al mismo tiempo que los oídos de Elena estallaron con el ruido de la estructura del avión partiéndose, las alas quedando atrás. No sabía si sus ojos estaban cerrados o si la oscuridad de la noche la había consumido, si estaba viva o si su alma ya flotaba entre las nubes.

Un destello de luz apareció en medio de una chispa, y Elena levantó la vista en el momento en que la parte posterior del avión fue absorbida por la oscuridad de la noche, junto con los asientos traseros y los pasajeros que estaban en ellos. Observó cómo los cuerpos eran consumidos por la presión de la caída y las maletas se abrían y volaban por todo el cielo. Detrás de ella, algo golpeó la punta del avión y empujó su cuerpo hacia adelante, con el cinturón presionándola tan fuerte que la asfixió.

El impacto la dejó desorientada. Los golpes la arrojaron hacia atrás y aplastaron su caja torácica contra el asiento una vez más. Todo sucedió tan rápido que Elena pensó haber perdido la conciencia por un segundo y haber despertado al siguiente, sin aliento, con el cuerpo adolorido y la sangre coagulada en su nuca mezclándose con los cabellos rubios.

Cuando el contacto con el hielo empezó a reducir la velocidad de la aeronave, el sacudón le devolvió la capacidad de gritar, pero no sabía si estaba dando órdenes a los pasajeros para que se mantuvieran sentados o si simplemente estaba suplicando por misericordia. Todo se detuvo y ella siguió gritando la misma orden a pleno pulmón como si sirviera de algo: *manténganse sentados*.

Los gritos desgarraban su garganta, cortaban la mucosa como cuchillas afiladas, y el frío del Polo Norte entraba por sus fosas nasales como veneno, quemando en el trayecto y congelándola por dentro. Elena inspiró una última vez y contuvo la respiración al desabrochar el cinturón con las manos temblorosas y correr hacia las puertas, abriéndolas y activando los toboganes de emergencia.

— ¡Quítense los cinturones y salgan! — La orden ya estaba siendo dada por los otros sobrecargos, sus voces retumbantes y en coro sobresalían sobre los gritos, llantos y súplicas de los pasajeros. De pie en la puerta de salida, Elena también gritaba repetidamente: — ¡Salta y deslízate!

Tomó a una de las azafatas de la clase ejecutiva por el brazo y la dejó en su lugar. El flujo de pasajeros pidiendo ayuda y saltando por los toboganes le impedía entrar en los pasillos, pero Elena logró alcanzar los kits de supervivencia en los primeros compartimentos de equipaje y los entregó a la primera sobrecargo que vio, ordenándole que saltara. En menos de un minuto, los pasajeros que podían caminar ya estaban fuera de la aeronave, exactamente como el entrenamiento les había enseñado a hacer.

— ¿Hay alguien ahí? — gritó por los pasillos.

El resto de la tripulación la acompañaba en coro, recogiendo los suministros, el extintor de incendios y los kits de supervivencia esparcidos por la aeronave.

Elena vio a personas inconscientes todavía sentadas en sus asientos y trató de despertarlas con sacudidas bruscas y gritos de órdenes. Algunas estaban tiradas como si estuvieran en un sueño cruel, otras se retorcían con fracturas expuestas y heridas irreversibles. No estaban vivas. Continuó por los pasillos, tratando de captar algún gemido o pedido de ayuda, pero el procedimiento era insensible a eso: en una emergencia se salvaba lo que se podía, no lo que se deseaba. Necesitaba ser rápida y salir de la aeronave.

Ayudó a los heridos entre los escombros a ser arrastrados por la alfombra hasta los toboganes. Los posicionó entre los sobrecargos de manera que deslizaran juntos hasta fuera de la aeronave y ordenó a su equipo que saltara. Elena los observó descender, el frío subiendo por sus brazos y volviendo la piel entumecida.

Antes de deslizarse por el tobogán de emergencia, miró hacia la cabina de mando. Alguien de su equipo la llamaba desde abajo, en medio de los gritos y llantos de los sobrevivientes, pero nada de eso importaba. Había cumplido con el procedimiento, pero Amara

no estaba afuera; Elena necesitaba asegurarse de que no estuviera atrapada dentro de la cabina.

Empujó su cuerpo contra la puerta de enlace de la cabina de mando con la de pasajeros. Algo pesado impedía su entrada. Elena se apartó y lo intentó otra vez, hasta que la puerta cedió.

El cristal del panel de la aeronave había explotado, la nieve entraba por las rendijas y se apoderaba de lo que veía en el camino. Los ojos de la azafata fueron inmediatamente hacia Andrew, el primero en su campo de visión. Un trozo puntiagudo y grueso de vidrio perforó su cerebro, alojándose entre sus ojos y haciendo que la sangre escurriera por su rostro y cuerpo como una pintura sádica. Cristales de hielo descansaban en sus ojos abiertos, congelados en una expresión de pánico. Pintaban la nieve que lo cubría de rojo.

Un gruñido bajo la devolvió a su objetivo; Elena miró a Amara, atrapada contra la palanca de mando, con una tonelada de nieve cubriendo su torso. El vidrio también la había alcanzado y estaba clavado en su hombro, impidiéndole moverse.

Pero estaba viva.

— Voy a sacarte de aquí — dijo a la comandante, que abrió los ojos débilmente y miró a Elena sin ningún rastro de esperanza en sus orbes.

La azafata hizo una oración baja mientras apartaba la nieve con las manos descubiertas. El hielo quemaba sus dedos y, al enfrentarse a la temperatura ártica, sentía que su cuerpo se bloqueaba. Las manos no obedecían las órdenes, anestesiadas como si las articulaciones necesitaran aceite para moverse. Con dificultad, liberó lo suficiente de la nieve para quitar el cinturón de Amara y metió las manos en su espalda para levantarla. La mujer gimió y levantó una de las manos hacia el antebrazo de Elena, como pidiendo que se detuviera, y murmuró algo incomprensible para la asistente de vuelo.

Los ojos de esta estaban llenos de lágrimas, el viento frío que entraba por las ventanas rotas ardía en su córnea, y la sangre que escurría del hombro de su amada le partía el corazón. Amara cerró los ojos de nuevo y suspiró antes de hablar.

— La radio. — Su voz áspera raspaba al hablar, pero Elena no necesitó que lo repitiera. Buscó los auriculares esparcidos entre la nieve, sus dedos pasando del rojo sangre, en carne viva, a un color azulado que sin duda significaba la muerte gradual de sus tejidos y músculos.

— ¿Cuál es la frecuencia de la radio?

La comandante parecía esforzarse por mantener los ojos abiertos y mantenerse despierta. Murmuró algún número que Elena no entendió, y cuanto más preguntaba la azafata, elevando su voz cada vez que no obtenía respuesta, menos conseguía.

Ya no sentía los dedos mientras intentaba forzarlos a cambiar la frecuencia de la radio para encontrar alguna señal. El panel estaba apagado, no había energía en el avión, y le tomó dos segundos darse cuenta de que no importaba la frecuencia, la radio tampoco funcionaba.

— *¡Porra!* — gritó en portugués, dejando los auriculares sobre la nieve y metiendo las manos debajo de Amara. Estaba inconsciente, y Elena aprovechó que ya no tenía fuerzas para gritar o quejarse para levantarla del asiento y arrastrarla fuera del avión.

No hubo explosión ni incendio. Ella miró alrededor antes de bajar por el tobogán de emergencia con Amara entre las piernas, y lo único que vio fue el humo saliendo del avión, dispersándose en el aire con el frío de la noche, los gritos de desesperación en medio del hielo abrazándolas durante la caída.

Elena temblaba y sabía que si no se abrigaba pronto, no tardaría en morir de hipotermia, pero mientras sus ojos estaban en Amara, inconsciente en sus brazos, la muerte parecía perder algo de importancia, como si pudiera soportar un poco más, por ella.

La tripulación la recibió cuando su cuerpo se hundió en el hielo. Se movieron

rápidamente para sacar a la comandante de sus brazos y colocarla junto a los otros heridos. Elena temblaba, el hielo quemaba sus brazos, y si no hubiera sido por la chaqueta que se apresuraron a ponerle, se hubiera desmayado por el frío.

Veía la nieve acumulándose en sus pestañas. El dolor en sus manos y pies era desgarrador, casi como si le hubieran amputado los miembros sin anestesia. Respiró profundamente y el aire que entró en sus pulmones la perforó como una hoja congelada.

La mirada perdida se posó en el grupo de sobrevivientes. En medio de los pasajeros esparcidos sobre el hielo con fracturas expuestas, personas atravesadas vivas y niños con las cabezas sangrando, Berna estaba reanimando a una mujer demasiado joven para estar muerta entre los escombros de ese avión. No muy lejos, el niño seguía cantando, ahora más bajo, la melodía de "*Jingle Bells*". Su voz se perdía con los vientos helados y el batir de sus dientes hacía que las palabras se enredaran.

Un llanto bajo, cercano lo suficiente para que llamara su atención, la hizo mirar a un niño a menos de un metro de distancia. Los escombros del avión habían aplastado sus brazos y piernas. Los huesos saltaban, cortando la piel y la ropa. Tardó en darse cuenta de que el llanto no era del bebé, sino de la madre, de pie a su lado, viva, con los ojos fijos en la oscuridad de la noche polar. Por más que respiraba, las lesiones en su alma parecían demasiado profundas para que aguantara mucho más.

Deseó que ese niño, antes de morir, hubiera pedido a Papá Noel que sobrevivieran. Deseó que cualquiera que tuviera fe en algo intercediera por ellos, porque Elena no era capaz de hacerlo, era demasiado escéptica para mantener el optimismo.

Los ojos de Berna se encontraron con los suyos, y solo entonces ella se dio cuenta de que la mayoría de los miembros de la tripulación la observaban, esperando órdenes. Esperando esperanza alguna.

Amara debería comandarlos. Según la jerarquía, ella era la comandante y en caso de emergencia debía ser la responsable de liderar la tripulación. Solo en la incapacidad de Amara y Andrew tomaría Elena la delantera.

Todo estaba mal. Miró los ojos suplicantes de Berna. La desesperanza expresada en ellos, mientras intentaba reanimar a esa chica, se replicaba en la mirada de cada sobreviviente.

Esperaban palabras de aliento que Elena no tenía para dar.

CAPÍTULO 2

Bells on bobtails ring, making spirits bright.



El Polo Norte era un infierno blanco de vientos furiosos.

Los pasajeros y tripulantes en mejores condiciones de salud se movilizaron para sacar el equipaje de los compartimentos de carga y del interior de la aeronave. En minutos, distribuyeron ropa y la usaron de formas creativas para lidiar con el frío glacial. Elena usó camisas para cubrirse las orejas y el cabello, pasó una bufanda por debajo de la barbilla y metió los pies en unas botas. Después de unos minutos, sus dedos ya no parecían a punto de caerse, pero seguían sensibles bajo las capas de ropa.

Los tripulantes todavía la miraban esperando un milagro, pero todo lo que Elena tenía para ofrecer era el plan de activar el radiogoniómetro de emergencia, prestar primeros auxilios a las víctimas del accidente, reunir los recursos de señalización y luego seguir con el AFA + A: abrigo, fuego, agua y alimento, mientras esperaban el rescate.

De los 324 pasajeros a bordo, Elena estimaba que menos de cien estaban fuera de la aeronave. Tendrían que sacar los cuerpos del avión para usar el fuselaje como refugio, pero con el número mínimo de personas sin heridas, todo se hacía más lento.

Dividió a los sobrevivientes en condiciones de moverse y ayudar en equipos, y asignó tripulantes para liderarlos. Su tripulación había tenido bajas evidentes: solo quedaban Berna, Amélie y las dos azafatas de clase ejecutiva. Con la pérdida de la parte trasera de la aeronave, todos los que estaban en las *galleys* traseras de la clase económica fueron arrastrados lejos, junto con los escombros. La posibilidad de que estuvieran vivos era la misma que sobrevivir más de un día en el Polo Norte: casi nula.

Berna estaba al frente del equipo de primeros auxilios, haciendo lo imposible para mantener con vida a los que quedaban, pero las heridas de muchos no presentaban buen pronóstico y los niños eran los primeros en sucumbir al frío de cuarenta grados bajo cero.

Elena se apoyó en el fuselaje de la aeronave, respirando hondo y soplando el aire helado que salía de sus pulmones contra las manos cubiertas.

Los sobrevivientes gritaban y, en medio de la inmensidad de las capas de hielo del Polo Norte, sus lamentos se perdían en el aire. Trató de calmar su propio corazón, pero cada bocanada de aire que respiraba la congelaba por dentro, haciendo difícil moverse e incluso respirar. Recordó cómo se quejaba de los mosquitos en su entrenamiento para supervivencia en la selva, y aun así deseó haber caído en cualquier otro lugar que no fuera en medio del hielo.

En la selva no morirían de frío en pocos días. Habría animales para cazar y la posibilidad de ser encontrados con mayor facilidad. Con la nieve que caía del cielo y cubría su cabello y ropa, dudaba que algún equipo de rescate pudiera encontrarlos rápidamente. Llegarían, pero Elena temía que sería demasiado tarde.

El ser humano no estaba diseñado para soportar temperaturas como las del Polo Norte, especialmente una brasileña como ella. Sacudió la cabeza en señal de negación, necesitaba tener la mente clara y sana para sobrevivir, pero su cerebro solo se concentraba en su cuerpo tembloroso y en cómo una actividad tan simple como respirar parecía consumir toda su energía.

Muy cerca, vio a dos jóvenes que abrían las maletas en medio de la nieve. Estaban rojos y movían los brazos con cada movimiento en un intento de espantar la sensación de anestesia que se alojaba en los músculos. ¿Cuánto tiempo les llevaría sucumbir a las condiciones climáticas extremas de ese lugar y morir?

Elena se levantó, negándose a pensar en un escenario tan negativo. Ya hubo sobrevivientes de accidentes aéreos en los Andes; ellos podrían sobrevivir en el Polo Norte.

Las posibilidades de que el avión explotara eran casi nulas, considerando que Amara les había dicho que el combustible se había congelado aún en el aire. Elena no recordaba cuál era el punto de congelación del combustible aeronáutico, pero debía estar alrededor de los 34 grados bajo cero o algo cercano. Si querían usar el combustible para hacer fuego, tendrían que esforzarse. Por ahora, era seguro usar el fuselaje como cortavientos para proteger a los heridos.

— Estás cojeando. — Berna dejó a una azafata atendiendo la fractura expuesta de un pasajero y se acercó a su compañera de trabajo. Elena le extendió una chaqueta gruesa que había tomado de una de las maletas y le ayudó a ponérselo sobre los hombros. — ¿Te fracturaste algo?

— No. — Su voz salió ahogada por la bufanda pesada que le cubría los labios. — No es nada grave, no te preocupes. — Le entregó una pila de abrigos que había separado a Berna. — Distribúyelos entre los enfermos. Voy a buscar la radio de emergencia.

— La parte trasera del avión está lejos, tal vez sería mejor que otra persona fuera. O que fueras acompañada.

— No. — Sacudió la cabeza en señal de negación. — Puedo ver la cola desde aquí. — Elena agitó la linterna que llevaba en dirección a la parte trasera del avión, a unos minutos a pie. — Iré rápido, si encuentro sobrevivientes haré una señal luminosa al cielo pidiendo ayuda.

Berna la miró, vacilante. Hizo un gesto como si fuera a abrir los labios para discordar, pero terminó asintiendo. No tenían muchos tripulantes y, cuando aún estaban volando, solo lograron identificar a tres médicos y un tripulante extra de otra aerolínea que podría ayudarlos. En el suelo, solo encontró a una de esas médicas viva, ayudando a los heridos. No tenía idea de dónde estaba el resto. Sacar a cualquiera de sus misiones para acompañarla era algo que Elena no podía hacer, aunque los procedimientos indicaran lo contrario.

Observó a la otra azafata volver a la línea de cuerpos tendidos junto al avión. La médica que se ofreció cuando estaban a bordo se acercó a Berna y pidió ayuda con un enfermo. Elena notó que la niña a quien la azafata había realizado maniobras de resucitación antes ya no estaba allí, sino en la pila de cuerpos en el otro extremo del área que habían delimitado para acampar.

Las fracturas expuestas y los cuerpos abiertos eran diferentes de las simulaciones y fotografías. Esas vísceras ahora eran evidentes, la sangre se esparcía por el hielo y se congelaba en el proceso. Debido al frío, los órganos presentaban un color opaco.

Desvió la mirada de los cuerpos destrozados. Con la oscuridad de la noche, solo se podía ver hasta donde alcanzaba la luz de la linterna, dejando a todos en una penumbra desagradable, aún peor que la oscuridad.

Una vez más, se recordó el accidente de los Andes mientras caminaba en busca de la parte trasera del avión. Fueron 72 días buscando ayuda. Dieciséis personas sobrevivieron —y solo lo lograron porque en algún momento empezaron a comer los cuerpos de los fallecidos.

Los que se negaron, perecieron más rápido. Antes, cuando pensaba en sobrevivir, estaba segura de que duraría unos días, pero nada se comparaba con la realidad. No había entrenamiento que preparara a un ser humano para una situación como aquella.

Se dio cuenta, por primera vez durante aquellos años fuera de casa, que si iba a morir, quería cenar una última vez con su familia y no sólo llamarlos para desearles una Feliz Navidad.

Una lágrima solitaria amenazó con recorrer su rostro, pero se secó en sus ojos antes de que pudiera siquiera considerar dejarla caer.

Su linterna iluminó a una joven apoyada contra un trozo de la aeronave, acurrucada como un pájaro herido. Elena se apresuró a llegar hasta ella, los pies deslizando sobre el hielo con las botas grandes que había encontrado en el compartimento de carga.

— Oye! — llamó, esperando que la chica aún estuviera viva. Sus labios estaban morados y sus ojos cerrados, pero Elena vio que su pecho subía y bajaba de forma entrecortada, casi nula. — Dios mío... — Tocó la piel de la joven, cubierta solo con un suéter. Miró alrededor y comprobó que estaba a pocos metros del accidente.

Sacudió la linterna hacia arriba y gesticuló hasta que alguien viniera corriendo a ayudarla. Una de las azafatas, acompañada por un hombre, se acercó con una camilla y sábanas. Elena les ayudó a levantar a la joven inconsciente y a trasladarla de regreso.

Entonces se dio cuenta de que no era la única perdida.

El aterrizaje forzoso había sido seguido por la colisión del avión contra una de las montañas de hielo. La cola se había partido, la presión había succionado a aquellos que estaban en la parte trasera del avión, arrojándolos entre la nieve y los escombros de la aeronave. Era improbable que hubiera muchos sobrevivientes, pero si aquella chica estaba respirando, tal vez otros también lo estuvieran.

Elena se acurrucó dentro de la chaqueta cuando volvió a caminar hacia la cola del avión, con los hombros temblorosos y el pie anestesiado. Mintió a Berna cuando dijo que el motivo de estar cojeando no era nada grave. Cuando fue a cambiarse las zapatillas por botas, el pie estaba tan hinchado que, si el zapato no hubiera sido tres números más grande, no habría calzado en él. El dolor que sentía en sus extremidades tampoco era tan soportable como hacía parecer. Tenía miedo de que la nariz se necrosara con el frío, pues la bufanda que cubría la mitad de su rostro no parecía estar funcionando y ya hacía algún tiempo que no sentía la piel.

Diez años atrás, cuando enfrentó por primera vez una temperatura negativa en su vida, Elena pensó que cualquier temperatura bajo cero era lo mismo. Diez grados bajo cero le causaban dolor, era un frío agonizante; veintitrés grados bajo cero también era una temperatura cruel. Por lo tanto, el sufrimiento era el mismo. No podría estar más equivocada: los 29 grados bajo cero que enfrentó en su viaje a Minnesota eran un frío incómodo, pero soportable. Necesitaba apresurarse para entrar al hotel antes de que los dedos empezaran a temblar, pero no había esa agonía exorbitante de las noches polares.

El frío ya no parecía frío; era solo dolor puro y agudo. Una sensación ardiente que luego daba lugar a un dolor profundo y entumecedor que irradiaba por los huesos. El viento añadía una nueva experiencia a esa tortura, era una sensación táctil, un dolor más urgente. Como hierro caliente en su piel expuesta, aunque estuviera prácticamente cubierta.

Elena cerró los ojos e imaginó las playas de Río de Janeiro, recordó el sol quemando su piel en los veranos *cariocas*, cómo tomaba agua de coco semidesnuda en la arena de la playa. El recuerdo le hizo esbozar una triste sonrisa, consciente de que tal vez nunca más podría bañarse en las aguas de la *Praia Vermelha.*

Se dio cuenta, en medio del trayecto, de que caminar sola hasta los escombros no era la mejor idea. Había subestimado los desafíos, se sentía débil y cada vez que levantaba los pies de la nieve era como cargar su peso triplicado. La nieve la arrastraba hacia abajo como arena movediza, y su respiración estaba agitada como si corriera una maratón.

Apuntó la linterna hacia el cielo y luego hacia los alrededores, pero todo lo que podía ver con su visión limitada era el hielo extendiéndose en un gran vacío. Parecía estar en el desierto,

excepto que estaba congelado. No muy lejos, veía la punta de la cola del avión extendiéndose con la proximidad.

Deseó conocer alguna oración o creer en un ser superior que pudiera ayudarla en esa caminata. Se sintió avergonzada por desear tomar medidas tan creyentes. Elena era escéptica por naturaleza, no creía en Dios, infierno o cielo. Estaba claro que si existía algún ser místico actuando a su favor, los odiaba. ¿Qué tipo de Dios los dejaría caer, en todos los lugares del mundo, en el Polo Norte, en la noche del cumpleaños de Jesus?

Ese pensamiento la hizo recordar la última Navidad que pasó en casa, poco antes de recibir la *Golden Call* — la llamada mágica que avisaba el día de su embarque para trabajar en *LivrAir*.

Elena ayudó a sus primos menores a esconder al niño Jesús. El robo dio lugar a una serie de acusaciones, y hasta el final de la noche toda la familia estaba peleada, no por la desaparición del Mesías, sino por asuntos no resueltos que surgieron junto con las acusaciones de robo. Nadie supo la verdad sobre el crimen y, a la medianoche, cenaron como si nada hubiera pasado. Al día siguiente, el niño Jesús despertó en su pesebre y el asunto se convirtió en uno de esos secretos familiares que todos acordaban en silencio no sacar a la luz.

Elena llevó las manos a la cara, tratando de calentar la nariz. Finalmente, la linterna iluminaba la cola del avión en su totalidad, que se había convertido en una masa amorfa de cables, fuselaje y escombros. La pintura azul y roja de *LivrAir* casi no sobrevivió al choque, y la parte trasera que había sido arrancada del resto de la aeronave parecía derretirse en medio del hielo.

Dio la vuelta a los escombros, incierta sobre cómo subiría allí. Había un espacio minúsculo por el cual podría meter su cuerpo, pero temía recibir una descarga o algo parecido. Desafortunadamente, accionar el Radio Beacon era lo más cercano a una oportunidad que tenían para conseguir un rescate.

Elena metió el asa de la linterna en uno de los brazos y apoyó las manos enguantadas en los escombros, tratando de sostener el peso en el pie derecho y no en el que estaba lastimado. Su pantorrilla comenzaba a doler por la compensación de peso que estaba haciendo, pero ignoró la molestia y levantó el cuerpo, soltando un gemido débil al apoyarse en la primera parte del fuselaje.

El viento helado atravesó su cuerpo y la paralizó con el dolor. Los susurros de la noche actuaban como un mosquito que zumbaba en su oído, la arrullaban con murmullos de incertidumbre y la convencían de que no había salvación. Elena contó hasta tres y subió un poco más, su respiración entrecortada activó una alarma en su cerebro, recordándole que no podía sudar. El sudor se cristalizaría a esa baja temperatura y haría que su temperatura corporal cayera drásticamente.

Esperó a que su respiración se estabilizara, con el aire helado entrando cortante en sus pulmones. Le tomó más tiempo del deseado reunir fuerza suficiente y levantarse una última vez, metiendo su cuerpo en un espacio diminuto entre los cables arrancados y el fuselaje encorvado. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que su cerebro tenía la esperanza de encontrar calor en el interior de la aeronave, pero el lugar estaba aún más frío que el exterior.

Elena estaba tirada en la alfombra del avión. Parte de ella había sido arrancada cuando la cola voló lejos, y los carritos de comida estaban sueltos de sus sujetadores, las ruedas a pocos centímetros del alcance de la mirada de la azafata. Forzó los brazos, ya exhaustos, a levantar su cuerpo y dirigió la linterna hacia adelante, iluminando la *galley* trasera.

El frío le quitó el aire otra vez, tuvo que toser, con la garganta y los ojos ardientes. Una

angustia desesperanzada subió por su estómago hasta la boca, dándose cuenta de que no importaba a dónde fuera, esa pesadilla no terminaría.

Los cuerpos de los azafatos aún estaban atados por el cinturón de seguridad, pero no había posibilidad de que alguno de ellos estuviera vivo. Vigas de hierro atravesaban el cuerpo de jóvenes recién contratadas por la empresa; la cabeza de una colgaba hacia un lado con los labios aún abiertos en un grito sofocado. Los carritos que se soltaron en la caída habían aplastado a otra azafata, que yacía en las esquinas del avión, con la sangre escurriendo por la alfombra. Elena llevó la mano enguantada a los labios, sin fuerzas para llorar por esas personas ni tiempo para lamentar sus vidas arrebatadas tan pronto. Cerró los párpados, con las pestañas congeladas ardientes en sus ojos, y luego se volvió hacia los compartimentos de emergencia donde debería estar el Radio Beacon.

Y se dio cuenta de que no estaba allí. La aeronave se había partido exactamente en el lugar donde estaría el radio. Debería haber volado por los cielos y, con suerte, haber caído cerca de los escombros, pero en esa oscuridad Elena tardaría una eternidad en encontrarlo. Ya le había tomado demasiado tiempo y energía arrastrarse por la nieve hasta la cola del avión.

Dejó que su cuerpo se deslizara hasta caer en medio de la sangre, sin ninguna esperanza restante en su cuerpo. Trató de aferrarse al hecho de que Amara había comunicado la caída a las torres más cercanas, pero en las condiciones climáticas que enfrentaban, cada minuto en medio del hielo era una vida perdida.

Golpeó el puño contra la pared del avión, el eco de su movimiento extendiéndose por la nada que era aquel lugar.

***

El regreso fue más lento que la ida. Elena no estaba segura de si lo que dificultaba el camino era la nieve, su pie hinchado o el sentimiento de desesperanza en su pecho. Se arrastraba por el hielo del Polo Norte como quien camina hacia la muerte, sin saber cómo decirles a las personas que no había radio para pedir ayuda.

Se encogió dentro del abrigo y apuntó la linterna hacia los puntos distantes —sobrevivientes amontonados. Sus rostros no eran visibles, pero Elena tenía la sensación de que podía escucharlos implorando ayuda.

Faltaban unos minutos para llegar hasta los restos del avión. Esperaba que los refugios ya estuvieran listos para cuando llegara.

Buscó con la luz temblorosa de la linterna un lugar donde quedarse por unos minutos, solo para recuperar fuerzas antes de continuar la caminata. La ansiedad la consumía de tal manera que no podía mantener la linterna fija en un solo lugar; sus dedos temblaban debajo del guante, sus dientes castañeaban con cada respiración entrecortada, y Elena pensó que podría morir de miedo antes de que el frío lograra consumirla.

Soltó la linterna en el hielo y se arrastró hasta un montón de nieve que se formaba en el camino. *Por favor, no me dejes morir*.

Recordaba que su profesora de supervivencia decía que había una Biblia a bordo del avión, porque la fe era un arma poderosa contra la desesperanza. En situaciones como esa, quienes creían en un Dios podían consolar su corazón con más facilidad, aferrarse a algo antes de perecer. Deseó creer, apenas para no sentir que estaba hablando con el vacío, sola en medio de ese desierto congelado.

Le pidió a la nada que le diera algo a lo que aferrarse.

Sus lágrimas no bajaban, la angustia de querer llorar la hacía atragantarse, y pronto su

garganta pidió agua. Se arrastró por la nieve, consciente de que seguir sufriendo tirada en el suelo no era la mejor opción y que ni siquiera debería haber ido sola hasta el Radiofaro de Emergencia.

Sus dedos se cerraron sobre algo que creyó que era la linterna que había soltado antes. Tiró, el peso le parecía extraño, desproporcionado. Elena se dio cuenta de que no era lo que esperaba y tanteó en la nieve, notando un cable de iluminación cerca de sus piernas y tomándolo. Levantó la luz hacia el montón en el que se había apoyado segundos antes, con la bilis subiendo a su garganta. Un brazo asomaba fuera de la nieve, parte de un cuerpo enterrado, con los dedos en estado de necrosis extendidos en un gesto de pedido de socorro.

Elena cavó con la mano libre. A medida que iluminaba, se dio cuenta de que era una pasajera, una mujer adulta que no recordaba. Se quitó uno de los guantes con prisa para buscar el pulso en su cuello. Aunque su muerte era evidente, necesitaba asegurarse.

Detuvo los dedos sobre la carótida de la mujer y confirmó que no había pulso. Elena sintió la sangre goteando de su cuello y levantó la luz más cerca del rostro de la víctima. Una línea sangrienta cortaba su garganta, y sus ojos aún abiertos imploraban misericordia. Frunció el ceño, insegura de qué podría haberla cortado de esa manera, tan limpia y precisa. No parecía como las personas que acababa de encontrar en la parte trasera del avión, deformadas y con vigas atravesando sus cuerpos.

Limpió la sangre en su ropa y dio dos pasos hacia atrás. Aquel cuerpo podría haber sido arrojado allí por el impulso del avión, pero también podría haber sido colocado bajo la nieve, escondido de quien pasara cerca en la oscuridad.

Negó con la cabeza, debía estar imaginando cosas, comenzando a dejarse llevar por sus paranoias. Elena se volvió a poner el guante y estaba a punto de darse la vuelta cuando escuchó, suavemente, a lo lejos, propagándose por el ambiente glacial en un eco que parecía provenir de un sueño:

— *Jingle bells, jingle bells, jingle all the way…* — La voz era dulce y baja, melódica como la canción original. Elena pensó que estaba soñando o tal vez delirando, pero aun así se esforzó en mirar a su alrededor.

— ¿Quién está ahí? — Su pregunta resonó en el vacío y poco a poco la canción se desvaneció en el aire, como si se estuviera alejando del cuerpo y de Elena.

El frío aprovechó una abertura en su guante para colarse bajo la ropa y congelar sus huesos. Elena agarró la linterna y se obligó a darse la vuelta, alejándose, mientras la música seguía resonando en sus oídos, aunque ahora sonaba más como su mente tratando de asimilar el miedo y no como alguien cantando.

Berna soltó lo que estaba haciendo y corrió hacia ella cuando la vio arrastrándose por la nieve. Solo entonces Elena se dio cuenta de que la otra azafata tenía un corte en la frente. Un hilo de sangre goteaba del vendaje empapado que debieron haberle hecho a toda prisa. Notó que había salido con tanto choque y prisa que no se había fijado en los detalles de ese caos: el hollín en el rostro de sus compañeros, el olor a hierro impregnado en su ropa, el cabello congelado y las extremidades azuladas.

Los lamentos eran más bajos que cuando Elena corrió en busca del Radiofaro de Emergencia. Temió preguntarle a Berna si la gente estaba más tranquila o si aquellos que gritaban desesperados habían muerto durante su ausencia.

— ¿Dónde está el radio? — Berna cruzó los brazos sobre la cintura, tratando de calentar su cuerpo con el contacto. La ropa que estaban usando no era suficiente para soportar esa temperatura. Las maletas de las azafatas y de los pasajeros estaban preparadas para un frío

moderado en Londres, con una mínima de tres grados si tenían mala suerte.

Nadie había considerado la posibilidad de enfrentar cuarenta grados bajo cero.

— No lo sé. — Elena negó con la cabeza y desvió la mirada de la azafata. No sabía cómo decirlo sin sonar desesperanzada. Al apartar la vista de Berna, encontró un terror mucho peor descansando en la nieve: la pila de cuerpos. — Cuando el avión se partió, los compartimentos debieron haber salido volando. Podemos intentar buscarlo por la mañana, con la luz del sol, pero tal vez ni siquiera funcione.

— ¿Por la mañana? — Berna pronunció las palabras con un peso en la garganta. Sus labios finos estaban morados y la nieve se acumulaba en sus pestañas. — Estamos en la noche polar, Elena.

La azafata frunció el ceño. Su cabeza dolía por el frío extremo, su cabello rubio ya había perdido movimiento hacía muchas horas y yacía congelado al lado de su rostro, muerto como la mayoría de las personas allí.

En el fondo, alguien cantaba la maldita melodía de *Jingle Bells*. Elena se tapó los oídos; necesitaba mantenerse calmada, si perdía la razón estaría abriendo la puerta a la locura, y no solo para ella, sino para toda la tripulación.

— La noche polar — repitió Elena, dándose cuenta apenas en ese momento. Había ignorado ese detalle en las clases de geografía y supervivencia, pero la mención del hecho le recordó de qué se trataba. El Polo Norte quedaba inmerso en una oscuridad interminable durante seis meses del año, así como experimentaba días infinitos en la otra mitad. Estaban en la oscuridad de la noche polar, no habría amanecer como esperaba. La esperanza no surgiría de ningún lugar. — Dios mío.

CAPÍTULO 3



Miss Fanny Bright was seated by my side

Mientras arrastraba por la nieve el cuerpo de una señora robusta, muy parecida a su abuela, Elena se arrepentía de no haber aprovechado más las Navidades en familia. Siempre estaba de mal humor, sin paciencia para las conversaciones sobre política y las preguntas incómodas. Era un día que solía pasar escondida en un rincón apartado de la fiesta con sus primas, bebiendo a escondidas de los familiares mientras la cena no estaba lista.

Era demasiado joven para entender la importancia de esos recuerdos. Después de tantos años lejos de la familia, sentía que esos momentos se estaban convirtiendo en una película de su propia vida, demasiado lejanos para provocarle cualquier emoción. Cuanto más pasaba el tiempo, más corta y borrosa se volvía la narrativa, las memorias se desvanecían, transformándose en visiones sin suficientes detalles, sin el recuerdo del tacto o la voz de aquellos que amaba.

Era como caer en una piscina viscosa, repleta de sensaciones: había algo, pero estaba demasiado lejos para que ella pudiera alcanzarlo.

Quizás, si no hubiera perdido a Leticia, habría valorado más los momentos en familia. Comprender los misterios de la muerte de alguien querido, y aún tan joven, ciertamente le había quitado parte del espíritu navideño — en realidad, parte del placer de vivir.

Con la muerte de su hermana menor, Elena se hundió en un luto melancólico y utilizó el sufrimiento durante años para mutilarse, pero ni siquiera estaba segura de haberlo superado. La familia se rompió el día en que Leticia se fue y, para Elena, cualquier reunión después de esa fecha era como intentar reconstruir una institución muerta.

Dejó el cuerpo apilado en la nieve junto a los otros fallecidos. La visión era insensible y le provocaba lágrimas en los ojos, pero éstas nunca llegaban a caer. Estaba segura de que tardaría en llorar, el llanto parecía estar atorado en su estómago, esperando un detonante, cualquier cosa, para saltar de su boca y hundirla en melancolía.

En un vuelo con más de trescientas personas, solo ochenta seguían vivas fuera del avión — y por la cantidad de heridos, solo quedaría la mitad al día siguiente. Elena sabía que si comenzaba a llorar, no podría detenerse, y no tenía tiempo para eso.

Pasó la mano enguantada por su frente, la actividad física estaba agotando a todos muy rápidamente, pero sus preocupaciones estaban en los suministros. No había lo suficiente para muchos días, y con la falta de sol en la noche polar ni siquiera podrían derretir el hielo para beberlo.

— Señorita — la llamó un joven alto. Su barba rala estaba cubierta de nieve y el traje que llevaba debajo de varios abrigos parecía un montón de harapos. Sus mejillas sobresalían, tan rojas que Elena quiso poner sus manos sobre su piel, en un intento de calentarlo. — La clase ejecutiva y la central están liberadas. Lo que queda de la económica… es un poco difícil, por los cuerpos.

— Los asientos fueron lanzados hacia adelante, será difícil sacarlos de ahí — constató Elena. No quiso imaginar cuántas personas habían muerto aplastadas por el impacto. — Vamos a

empezar a llevar a los heridos adentro, entonces. Las dos clases serán suficientes por ahora.

Él asintió y permaneció allí, esperando que Elena tomara la iniciativa. La azafata pasó junto a él y sus pies se hundían en la nieve mientras caminaba hacia Berna. Era como intentar correr en arenas movedizas: el peso la arrastraba hacia abajo, engulléndola en medio del hielo.

— Berna, hemos vaciado el avión, ¿cuáles de los heridos pueden caminar y ayudar a los demás? — Elena posó sus ojos en Amara, tendida sobre una lona para que su cuerpo no se quemara con el contacto con la nieve.

— Pocos, los hemos colocado allí. —La azafata señaló a un montón de personas. Tendrían mucho trabajo por delante. — Algunos pueden arrastrarse hasta el avión, pero no son capaces de ayudar.

— Entonces comencemos por ellos —dijo al joven, indicándole con las manos que podía tomar la iniciativa y llamar a otras personas para ayudarlo. Cuando él se dirigió hacia los heridos, Elena puso la mano sobre el hombro de Berna. — Lo estás haciendo muy bien, Berna. Gracias por liderar el equipo de primeros auxilios.

— Oh, no. — La joven soltó una risa débil, avergonzada. — Solo estoy siguiendo órdenes, quien está al mando de todo es la doctora Bryanna.

Berna señaló a una joven que estaba tratando las heridas de un muchacho que se había roto ambas piernas durante el accidente. La médica tenía unas hermosas rastas enrollados en la parte superior de su cabeza y una piel tan oscura como la de Amara.

— De todas formas, lo estás haciendo excelente. —Sonrió. — Ahora, vamos a llevar a todos adentro.

Berna asintió y fue a avisarle a Bryanna que necesitarían mover a los heridos dentro del avión. El frío era insoportable y nadie cuestionó la decisión. Al menos, dentro del lugar estarían resguardados del viento que congelaba sus huesos.

Elena gritó para avisar que aquellos que pudieran caminar debían ayudar a los demás a entrar. Se detuvo junto a una azafata que estaba separando los suministros y lloraba desconsoladamente, sus lágrimas cayendo en la nieve y congelando. Elena le tocó el hombro y le dijo que entrara en el avión. Sus dedos temblaban como los de una niña asustada cuando dejó las barras de chocolate dentro de la caja y corrió para unirse al resto de los sobrevivientes.

Arrojó todo dentro de la caja, desordenando el trabajo minucioso de la tripulante. El frío le estaba congelando el cerebro, su cuerpo suplicaba un poco de calor. No iba a permanecer ni un segundo más afuera.

Colocó la caja bajo el brazo y se dirigió hacia Amara. Su rostro deformado asustaba a primera vista, el ojo se había convertido en una masa amoratada y deforme, y la boca estaba tan agrietada que las heridas rasgaban la piel. Elena miró a su alrededor, esperando que alguien apareciera para pedir ayuda y llevar a la comandante adentro.

Los enfermos estaban en fila y la mujer junto a Amara sollozaba. Acercose, temerosa de que se estuviera atragantando con su propio vómito, y la acostó de lado, para que pudiera toser si era necesario.

La cabeza de la desconocida se inclinó en sus articulaciones. Elena la sostuvo por impulso, sus dedos hundiéndose en la carne abierta. La piel se estaba despegando de los músculos y la parte interna del cuello estaba gangrenada. La muerte subía por las venas y manchaba de sangre el torso de la mujer. Sus ojos se fijaron en esa escena como si captar cada uno de los detalles de los nervios partidos y de los músculos destrozados pudiera hacer la situación más real.

La cabeza estaba casi decapitada, sostenida solo por el esófago, demasiado grueso para

ser cortado con facilidad. Elena soltó a la mujer, y por un segundo su mente temió que su movimiento hubiera sido imprudente y la causa de aquello, pero solo era el desespero y el trauma hablando en su oído. No había forma de que ella hubiera sido asesinada de esa manera por accidente. Alguien, deliberadamente, le había cortado la mitad del cuello, y la escena era tan grotesca que su mente ni siquiera podía procesarla como verídica.

Miró a su alrededor. Todos estaban enfocados en llevar a los enfermos dentro del avión, nadie le prestaba atención. Se arrodilló delante de la mujer y le subió la sábana hasta la barbilla, cubriendo la cabeza decapitada y la sangre que la manchaba.

Bryanna salió del avión tambaleándose, caminaba con elegancia y parecía irritada por no poder mantener su postura en medio del caos. Elena miró una vez más a su alrededor y pasó por encima de las piernas de la difunta y de Amara, dirigiéndose hacia la médica.

—Doctora — llamó la azafata, con la voz rasposa por la falta de agua. — Mi nombre es Elena Garbacio, soy la azafata jefa del vuelo.

La doctora le dirigió una mirada seria, impersonal, pero le tendió la mano.

— Soy la doctora Bryanna Miller — respondió con un apretón rápido y cruzó los brazos, calentando las manos junto a su cuerpo. — ¿Puedo ayudar en algo?

— Esa mujer... — Elena se giró hacia la víctima decapitada al lado de Amara. — ¿La estaba tratando?

Bryanna movió la cabeza en la dirección indicada y analizó el cuerpo cubierto.

— Sí, sospechábamos de muerte cerebral. —La médica suspiró, enojada con las muertes inevitables. — No va a aguantar mucho.

Elena tragó en seco y se pasó la lengua por los labios. Pensó en dejar la historia, pero ahora que había hablado con Bryanna, no podía simplemente ignorar la situación.

— Doctora, escuche bien lo que le voy a decir. — Dio dos pasos hacia adelante, acercándose. — Esa mujer, cuando la trató, ¿cómo estaba su cabeza?

—¿Su cabeza? — Bryanna frunció el ceño, sus rastas se movieron con el gesto y copos de nieve cayeron de la parte superior. — Normal, hinchada, pero normal. ¿Por qué me pregunta eso?

— Porque su cabeza estaba decapitada cuando la moví.

Los labios de la médica se abrieron por un breve segundo y luego se cerraron con incomprensión. Bryanna no sabía qué decir, Elena tampoco.

— ¿Qué está sugiriendo?

— No sé qué estoy sugiriendo, pero encontré a otra persona en la nieve con la cabeza decapitada, no tan horripilante como esta, pero aun así... — Elena apretó los labios. — No alarmemos a los demás pasajeros, vamos a sacarla de ahí y ponerla en la pila de cuerpos. ¿Puede hacer eso?

— Azafata Elena… — El pecho de Bryanna subía y bajaba con la respiración acelerada, hundió los pies en la nieve y se acercó al cadáver. Levantó la sábana que cubría su rostro y puso la mano sobre los labios. — Esta mujer no tenía estas heridas cuando salió del avión, y puedo garantizar que la coloqué junto a otras personas, en el área de los casos más… graves. Irreversibles. Alguien la movió aquí.

Elena deseaba que Bryanna estuviera equivocada, porque la otra posibilidad era mucho peor. ¿Un asesino a bordo? ¿Después de caer en el Polo Norte?

¿Había alguna forma de que la situación pudiera empeorar?

— Vamos a sacarla de aquí y no diremos nada hasta que entendamos lo que ocurrió. — Elena repitió. — ¿Puedes hacerlo, doctora?

La médica asintió, sacudió los brazos alrededor del cuerpo y siguió a Elena. Enrollaron a la mujer en la sábana para usarla como camilla y la llevaron hasta la pila de cuerpos, dejándola enterrada en la nieve de manera que nadie prestara atención a sus heridas. Elena pensó en llevarse la sábana. Con el frío en el que estaban, cualquier tela era necesaria, pero estaba tan empapada de sangre que la azafata la dejó en la nieve, junto al cadáver.

Bryanna la miró durante largos segundos, la visión de la cabeza pendiendo solo por una conexión frágil con el resto del cuerpo impregnada en su memoria. Elena podía ver en sus ojos el mismo choque y disociación que experimentaba, su mente atrapada en una única pregunta que surgía repetidamente: ¿cómo?

Los vientos congelantes del Polo Norte comenzaban a disminuir cuando la azafata hizo que Bryanna entrara en la aeronave. Su ansiedad la impulsaba a buscar a Amara entre las personas amontonadas dentro del fuselaje, así que dejó a la médica atrás cuidando de los heridos y se adentró entre los sobrevivientes, buscando la piel oscura y los cabellos rizados de la comandante. Ella estaba acostada en la clase ejecutiva del avión, y el único indicio de que seguía viva era su respiración leve.

Elena apoyó su cuerpo contra las paredes de la *galley* y suspiró. Una llama parpadeaba en el interior de la aeronave, alguien había juntado varios papeles en un recipiente de hierro y las brasas calentaban la clase ejecutiva y económica premium. Dejó la caja de suministros a su lado y se acurrucó entre los asientos de la tripulación en un intento de calentarse. Sus ojos se perdieron en ese montón de cuerpos, en los llantos silenciosos y en las conversaciones entrecortadas.

El aire olía a sangre y humo. Elena frunció el ceño y tomó la caja de suministros para contar cuánta comida había y comenzar a distribuirla. Esparció en la alfombra las barras de chocolate, los bombones y todos esos alimentos que aumentaban la glucosa, pero no mantenían a nadie saludable a largo plazo. Vio de reojo que Berna se desviaba de los sobrevivientes para llegar hasta ella. Estaba a unos pasos de distancia cuando Elena la escuchó cantar Jingle Bells.

Su voz era un poco más grave que la que había tarareado en medio del hielo, cuando regresaba de su rápida expedición. Tenía un tono más agudo, melodioso, pero aún así causó escalofríos en la azafata. Elena esperó a que se acercara más para preguntar:

— ¿Fuiste tú?

Berna frunció el ceño y se sentó a su lado, ajena a la incomodidad de Elena.

— ¿Yo qué? — preguntó.

Elena abrió los labios para expresar su sospecha, pero pensó en lo estúpida que sonaría. ¿Un asesinato justo después de un accidente aéreo? No podía ser. Estaba delirando debido a toda la situación. Lo que había visto con Bryanna debería ser algo que no podía explicar en ese momento, pero que tendría sentido cuando el equipo de investigación llegara al lugar después de rescatarlos.

Sacudió la cabeza en señal de negación y mostró los suministros a la otra azafata, pidiendo su ayuda para seguir contando.

CAPÍTULO 4



Oh, what fun it is to ride, in a one horse open sleigh.

En algún momento de la noche, después de distribuir los alimentos racionados y la poca agua que tenían, Elena se quedó dormida. El trabajo como azafata le había conferido la valiosa habilidad de dormir en cualquier lugar y a cualquier hora. Solía aprovechar los momentos de turbulencia para tomar una siesta durante el servicio, y sus amigos que trabajaban en tierra siempre se burlaban de cómo nadie podía interrumpir sus siestas.

Pensó que dormir en esas circunstancias extremas sería más difícil, pero su cuerpo terminó cediendo al cansancio. Desafortunadamente, su sueño fue como una breve bocanada de aire y, poco tiempo después, se despertó desorientada.

Una fina capa de humo cubría el interior del avión. Amara estaba inconsciente a sus pies, y Elena se arrastró para verificar si aún respiraba. Se sentía mareada, envuelta en una embriaguez que no coincidía con el miedo que estallaba en su pecho. Respiraba apresuradamente, dándose cuenta de que tenía dificultad para respirar.

Era como si una toalla empapada estuviera sobre su nariz y boca. El dolor en el pecho se extendía por la garganta y subía hasta las vías respiratorias como fuego. Elena consideró que estaba soñando. Todo parecía distante y su cuerpo flotaba como si oscilara entre la conciencia y el desmayo.

Sus dedos se detuvieron en la carótida de Amara. No podía sentir su propio tacto en la piel y, por lo tanto, no sería capaz de medir su presión arterial. Elena arrastró la mirada, que insistía en cerrarse, por el pasillo del avión. La mayoría estaba en un sueño profundo.

Frunció el ceño. El frío todavía los castigaba, era extraño que pudieran dormir con tanta paz. *¿Cuál era el problema?*, se preguntaba, en busca de una solución para la incomodidad en su cuerpo y mente. Sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar la embriaguez que la envolvía. No podía ser hipoglucemia, había comido hace poco tiempo, quizás...

Sus ojos se detuvieron en la llama que consumía billetes, cerca de Amara. El calor del fuego era más que bienvenido, pero Elena se dio cuenta de que, en su desesperación por impedir que el frío entrara, habían tapado todas las salidas de aire. Estaban siendo envenenados por su propia respiración. El monóxido de carbono no tenía por dónde salir.

Con la cabeza palpitando y una confusión mental que no le permitía comprender qué era lo mejor para esa situación, Elena tardó largos segundos en apoyarse en las paredes del avión y abrir la primera salida de emergencia que encontró. La ráfaga de aire helado entró como una aparición que solo esperaba el momento adecuado para intervenir.

Junto con el viento, llegó la melodía. Alguien tarareaba *Jingle Bells* con una voz que no se parecía ni a la de Berna ni a la de la persona que encontró más temprano en la nieve. El corazón de Elena quería acelerarse, pero su cuerpo aún estaba anestesiado. Se dio la vuelta con lentitud y buscó en medio de los armarios de la clase ejecutiva un cilindro de oxígeno.

"Es cosa de mi cabeza", pensó, abriendo los compartimentos con dificultad. Encontró el cilindro y una máscara, la colocó sobre su rostro e inspiró profundamente, sintiendo que sus pulmones agradecían por la misericordia.

La música continuaba, pero esta vez la voz era masculina y llenaba la aeronave, escapando por las rendijas hacia el exterior. Congelaba la sangre de Elena más que el frío de cuarenta grados bajo cero.

La azafata se arrodilló frente a Amara y colocó la máscara sobre su rostro, solo el tiempo suficiente para asegurar que el veneno estuviera fuera de su circulación. Con un ritmo adormecido, la respiración de la comandante volvió a subir y bajar lentamente.

Bryanna estaba en el centro de la aeronave. Elena podía ver su cuerpo encogido entre otras personas, con las rastas recogidas en un voluminoso moño. Con una salida de aire abierta, algunos pocos sobrevivientes despertaron tosiendo y buscando aire. Elena se agachó frente a ellos y les ofreció oxígeno. Explicó que era necesario abrir las salidas de aire para deshacerse del monóxido de carbono, y luego se arrastró por los pasillos de la aeronave pasando la máscara de mano en mano hasta llegar a la médica.

Notó que su piel oscura estaba pálida, de un tono opaco de gris, sin vida. Entre la sábana y sus ropas, la sangre se escurría por el suelo de la aeronave. Elena tiró de la tela que la cubría y, con el movimiento, su cabeza se desplomó hacia un lado, sujeta solo por una gruesa capa de músculo que impidió que rodara por la alfombra del avión.

Alguien gritó, o tal vez fue la propia Elena. Solo se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando se lanzó sobre las personas cercanas a Bryanna, sacudiéndolas en un desesperado intento de averiguar quién estaba haciendo eso. No era un caso aislado, Elena no estaba imaginando cosas por la locura, esa mujer estaba muerta, al igual que la que habían llevado más temprano, y como la que encontró en medio de la nieve en su búsqueda por la radio.

Alrededor de Bryanna, la cabeza de otras dos personas colgaba de sus cuerpos. En una de ellas, la masa deforme que se había convertido su cuello estaba sujeta por una fina capa de piel, mientras que la otra cayó en el regazo de un enfermo inconsciente. Estaban degollados, decapitados, apenas sostenidos por músculos o por el esófago. Requería mucha fuerza arrancar una cabeza; quien lo hizo se había esforzado al máximo.

Elena dio dos pasos hacia atrás, tropezó con alguien y cayó sobre la alfombra de la aeronave, arrastrándose entre la gente hasta que algo llamó su atención: la música se había detenido. Berna sacudía sus hombros, con la mirada preocupada.

— ¡Elena! ¿Qué está pasando? — gritaba, a todo pulmón.

Algunas personas se arriesgaban a levantarse en busca de aire, otras vomitaban en sus lugares, paralizadas por sus heridas. Elena aún veía las cabezas decapitadas. El frío mitigaba el olor pútrido, pero había tanta sangre esparcida por el avión que era imposible ignorar el hedor a hierro que impregnaba sus fosas nasales.

— ¿Tú ves lo mismo que yo? — preguntó Elena, agarrando los brazos de Berna y señalando detrás de ella, donde estaba el cuerpo de Bryanna.

Berna no miró, asintió con la cabeza, confirmando, pero no tuvo la coraje de darse la vuelta para enfrentar los cuerpos desfigurados. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sus manos aflojaron el agarre alrededor de los hombros de su amiga.

— ¿Qué está pasando? — murmuró Berna con voz débil.

El cuerpo de Elena volvió a la realidad y, respondiendo a sus instintos, sus brazos rodearon a Berna, atrayéndola hacia sí.

— Alguien nos está matando — respondió Elena. — Necesitamos saber quién.

Berna negó con la cabeza, su rostro cubierto por las gruesas lágrimas que corrían. Las personas despertaban, veían la escena y corrían fuera de la aeronave. El caos se instalaba poco a poco, la falsa paz disolviéndose con el aire.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que el avión se estrelló? Parecía que mucho, pero Elena sentía que no habían pasado más de cuatro horas. Sin el sol para orientarse, sentía que se ahogaba en un limbo, atrapada en un agujero negro al que nadie jamás podría acceder.

— Ella no quería — habló Berna, entre sollozos. — Dijo que fue sin querer, que era más fuerte que ella, incontrolable.

— ¿Quién? ¿De quién estás hablando?

— Amélie. — Señaló con la cabeza hacia el fondo de la aeronave. En su ataque de miedo, Elena no había notado a Amélie, tirada en la moqueta de la *galle*. — Ahora está muerta.

Frunció el ceño y se levantó. Berna quedó atrás, arrodillada, de espaldas a la masacre que había ocurrido mientras estaban inconscientes. ¿Cómo era posible que Amélie, una joven tan delgada y sin fuerzas, no solo hubiera matado a tres personas, sino también decapitado a una de ellas sin que nadie hiciera nada? Ella también sufrió por la intoxicación con monóxido de carbono, no estaba ilesa de la falta de oxígeno.

Cuerpos tendidos bloqueaban su camino. La azafata no quería pensar en eso en ese momento, pero la mayoría estaban muertos, no dormidos. La intoxicación con monóxido de carbono era silenciosa y rápida, una muerte mejor que la que Bryanna y los otros habían tenido. Mejor que la que Elena probablemente tendría.

El cuerpo de Amélie miraba al techo como si intentara armarse de coraje. No estaba decapitada como los otros cuerpos, lo máximo que pudo hacer fue cortar la yugular y desangrarse hasta morir. Esa muerte fue lenta, una tortura. Se ahogó en su propia sangre antes de fallecer, y ahora la boca abierta permitía que la mucosidad escarlata se deslizara fuera de sus labios y coloreara el suelo.

Elena buscó un cuchillo en su mano. No lo había notado antes, pero en el kit de supervivencia faltaba el machete. Ahora que entendía — o creía entender — lo que sucedía en la aeronave, tenía sentido que alguien lo hubiera tomado. La única pieza que no encajaba era que Amélie fuera esa persona. Se necesitaba mucho más que deseo y habilidad con cuchillas para causar el horror que presenció.

No había ningún cuchillo en las manos de la azafata fallecida. Elena soltó un suspiro de rabia e incomprensión. Si continuaban así, no sobrevivirían hasta el rescate. En pocas horas se habrían aniquilado entre sí, ni siquiera necesitarían del frío o de las infecciones.

Estaba cansada, todo su cuerpo dolía y temblaba de manera incontrolable, calambres dolorosos dificultaban sus movimientos y la sensación de falta de aire aún impregnaba sus pulmones. En ese punto, su mente comenzó a cuestionarse si valía la pena esforzarse tanto por vivir. ¿Realmente valía tanto su vida anterior? Parecía más fácil simplemente cerrar los ojos y dejarlo todo atrás, dejar que esas personas se mataran entre sí y que el hielo la sepultara mientras soñaba con una vida que jamás tendría.

Un grito agonizante resonó en el aire, proveniente del exterior. Elena dejó atrás el cuerpo de Amélie y corrió tambaleándose por los pasillos del avión, agarrándose de los asientos que quedaban para no perder el equilibrio. Berna seguía en el medio, arrodillada, con la mirada fija en la alfombra, en completo estado de shock.

Los vientos helados habían disminuido y la nieve se había detenido, pero el Polo Norte seguía recibiendo a los sobrevivientes con su temperatura torturante.

Al llegar a la puerta de la aeronave, su cuerpo se paralizó. El miedo, el frío y la confusión la envolvieron. Elena solo se movió cuando otro grito, esta vez de una niña, la trajo de vuelta a la realidad, obligando a sus músculos a arrastrarla fuera del avión.

Los sobrevivientes se amontonaban en un círculo y las voces furiosas se alzaban unas

contra otras en un caos incomprensible. Elena descendió por las rampas de la aeronave y se acercó con pasos pesados, la nieve acumulada la empujaba hacia abajo con cada largo paso que daba, robándole poco a poco la voluntad de detener cualquier conflicto. Solo quería poder irse a casa, cerrar los ojos y descansar. Dormir durante largas noches y disfrutar del próximo viaje agotador que haría a París.

Leticia le había dicho antes de morir que vivir era exhaustivo, y ahora Elena lo entendía.

Cuando tenía nueve años, había suplicado a Dios que no se llevara a su hermanita. Todavía creía que existía alguien allá arriba, que cuidaba de sus deseos y no permitía que ocurrieran injusticias. Aquella noche, su llanto había sido copioso, silencioso, una súplica ingenua y solitaria que nadie más escuchó. Aún recordaba la desesperación en su pecho, la falta de aire con cada inhalada, la imposibilidad de dejar de llorar, porque el dolor era tan grande que desgarraba su alma y cortaba su piel.

Esa misma desesperación la sintió en la voz de la niña en el centro de aquel círculo. El padre también lloraba, con un cuchillo en el cuello de la niña, susurrándole palabras de valentía mientras ella decía que no quería y sostenía con sus pequeñas manos el antebrazo de su padre, desesperada.

—Suelta a la niña, por favor — suplicaba una joven, con las manos extendidas frente a su cuerpo como quien se prepara para una pelea. — Si quieres morir, hazlo, pero no te lleves a la niña contigo.

El hombre negó con la cabeza, trastornado. Tenía la mirada de un loco, sus ojos vagaban entre las personas enfermas y desesperadas, como buscando cordura, pero sin encontrarla. Apretó más el cuchillo contra la garganta de su hija y una línea de sangre resbaló por la piel pálida de la niña.

— ¡Nadie va a rescatarnos! — gritó él, con la voz ronca y aguda, perdida en medio del vacío del Polo Norte. — Acaben con su sufrimiento, es mejor así.

Una ola de murmullos se extendió por la nieve. La gente se dividió entre indignación y aceptación. Estaba claro que ese hombre había perdido la cordura, pero después de tantas horas en la nieve, enterrando a desconocidos y casi muriendo asfixiados por su propia respiración, ¿no estaban todos ellos un poco locos?

— ¡Nos rescatarán, solo necesitamos sobrevivir hasta que nos encuentren! — intentó argumentar Elena, abriéndose paso en el círculo.

Entre los sobrevivientes, alguien comenzó a cantar.

La azafata frunció el ceño y buscó la suave voz que iniciaba la melodía de "*Jingle Bells*". La poca comida que había ingerido subió a su garganta y tragó en seco, luchando contra las ganas de vomitar. Su corazón se aceleró con cada verso cantado y su lengua se tornó pesada, impidiéndole seguir hablando.

Empezó a apartar a las personas a su alrededor, al principio desorientada, sin saber con certeza si quería encontrar a quien cantaba o simplemente abrir espacio para respirar.

A medida que el pánico crecía en su pecho, Elena sacudía a quienes estaban en el círculo, arrancando las bufandas que cubrían sus bocas para ver si movían los labios, gritando por quién estaba cantando la maldita canción. En segundos, el silencio cubrió al grupo, y solo la melodía continuó. Alguien se unió a la voz principal, ahora una voz más vieja, cansada, que sonaba como una persona que no quería estar cantando pero que había perdido la cordura y ya no sabía qué hacer.

— Papá, por favor… — suplicó la niña, entre sollozos desgarrados, mientras intentaba liberarse de los brazos del hombre que debía cuidarla.

Elena dejó de buscar la voz. Miró a la niña justo a tiempo para ver cómo su padre cerraba los ojos, con el dolor evidente en su rostro, la desesperación marcada en su tono de voz entrecortado mientras continuaba la melodía.

— *Oh, what fun it is to ride…* — se ahogó con su propio llanto, la niña ya no podía hablar. — *In a one horse open sleigh…*

Elena sabía lo que haría al final de la canción. Intentó acercarse para detenerlo, pero el hombre la sorprendió cortando el cuello de su hija antes de que terminara el estribillo. Cayó de rodillas sobre la nieve, con el pequeño cuerpo en sus brazos, la yugular de la niña rociando sangre por todas partes. No dejó de cantar mientras mecía el cuerpo de la niña, con el cuchillo aún aferrado en su mano como un objeto de apoyo emocional, algo en lo que sostenerse.

Los demás sobrevivientes alzaron sus voces. Aquellos que antes estaban en silencio comenzaron a cantar, tímidamente al principio y luego con más fuerza. La letra de la canción navideña se transformó en un grito de guerra, un himno de un pueblo desesperado, enloquecido. Elena observó cómo la locura se extendía a través de las palabras cantadas y se dio cuenta de que, además de ella, solo otras cuatro personas permanecían calladas, sin entender lo que estaba ocurriendo.

Una anciana dio un paso adelante y se acercó al hombre. Elena estaba en medio del camino, entre él y el grupo de locos que cantaban en simbiosis como si fueran un solo cuerpo. La anciana no dirigió su mirada hacia la azafata, pasó junto a ella y se arrodilló al lado del hombre, tomando el cuchillo de sus manos.

Él la miró, con los ojos llenos de lágrimas, expresando un agradecimiento silencioso cuando la mujer le tocó el rostro y se colocó detrás de él antes de cortarle la garganta. Elena abrió la boca en un grito ahogado. Estaba paralizada en la nieve, buscando entre los sobrevivientes a alguien que cuestionara lo que estaba sucediendo, pero todos parecían envueltos en una locura colectiva, impulsada por esa canción demoníaca.

— ¡Están locos! — gritó, volviéndose hacia el grupo que cantaba cada vez más alto. — ¡El rescate va a llegar! Solo llevamos aquí unas horas, ¿por qué están haciendo esto?

Otro hombre la miró con furia, sus labios se movían de manera robótica cuando la empujó brutalmente, haciéndola caer sobre la nieve. Caminó hasta donde estaban la anciana y el hombre asesinado, tomó el cuchillo de las manos de la mujer mayor, y Elena observó con incredulidad cómo el joven alzaba la cuchilla y cortaba la garganta de la anciana.

Otra persona se acercó al grupo e hizo los mismos movimientos que los anteriores. Elena se arrastró por la nieve, aterrorizada, pensando que debía estar loca, atrapada en una pesadilla bizarra, o que quizás se había desmayado dentro del avión y todo aquello no era más que un delirio de su mente agotada.

No había lógica alguna, estaban matándose entre ellos como si les hicieran un favor, actuando como animales que caminan en círculos sin motivo aparente. La mente no podía describir lo que no comprendía, y Elena nunca sería capaz de entender lo que estaba sucediendo ante sus ojos.

— Levántate — ordenó una voz femenina y firme. Tenía un fuerte acento, pero Elena no pudo identificar de dónde. — Levántate, maldita sea.

La azafata obedeció. Sus manos temblaban por el prolongado contacto con el hielo. La mujer la jaló del brazo, traía consigo a otra joven, un poco mayor que ellas dos.

— Espera — Elena se detuvo, recibiendo una mirada crítica por parte de la chica. — ¿A dónde vamos?

— Al avión — respondió la mujer, jalando nuevamente el brazo de la azafata,

obligándola a caminar. — Si nos quedamos aquí, nos matarán. Deja que se maten entre ellos. Vamos.

Elena miró hacia atrás. Ajeno a las tres fugitivas, el resto de los sobrevivientes comenzaba nuevamente a cantar. Una gran parte ya estaba amontonada en la nieve, con las gargantas cortadas y otros con la cabeza decapitada. Algunos dudaban al matar, mientras otros ejecutaban los golpes con brutalidad desmedida. Una, dos, tres veces o más, lo que fuera necesario para separar la cabeza del cuerpo — o casi lograrlo.

La chica desconocida las condujo hacia el interior del avión. Elena se apresuró a apilar los cuerpos de aquellos que habían muerto por el monóxido de carbono en las puertas para evitar que alguien entrara fácilmente. No era momento de deshacerse de ellos. Serían útiles en la muerte.

Se detuvo en el pasillo. Berna seguía sentada, con la mirada fija en la alfombra, exactamente como la había dejado al salir de la aeronave. Elena se arrodilló frente a ella, sacudió sus hombros y buscó vida en su semblante perdido. Los labios de Berna se movían sin emitir ningún sonido, y con cierta dificultad, la azafata reconoció los versos de "*Jingle Bells*" en aquellas palabras malditas. Soltó a Berna como si estuviera hecha de veneno y sus manos se hubieran contaminado. En el proceso, retrocedió dos pasos y chocó con la chica que la había salvado.

— Ya no tiene salvación — dijo la joven, tirando de ella una vez más.

— No — Elena se detuvo y miró a la azafata. Lágrimas silenciosas corrían por el rostro de Berna, como si estuviera atrapada en un trance del que no quería ser parte.

— Vas a morir. — La chica se acercó más, con el rostro a centímetros del suyo. — No seas estúpida. Ella no saldrá del trance.

Elena sacudió la cabeza en señal de negación, tragó el llanto que sentía dentro de sí misma y se dejó llevar por la chica hasta la *galley* de la clase ejecutiva. Amara aún estaba allí, durmiendo profundamente, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor.

Un destello de esperanza surgió en el pecho de Elena. Ella levantó a la comandante bajo las miradas acusadoras de las otras dos y la metió en la *galley* entre ellas. La chica jaló las cortinas, como si ese pedazo de tela pudiera separarlas de la locura que había afuera, y luego se sentó junto a las sobrevivientes.

La melodía de "*Jingle Bells*" se colaba por las rendijas de la puerta como un murmullo distante. A medida que las personas mataban y morían, la melodía iba perdiendo fuerza, disipándose en los vientos fríos que volvieron a azotar el Polo Norte.

— Cúbranse los oídos — ordenó la chica desconocida, metiendo pedazos de su ropa en los oídos para no escuchar.

Elena obedeció. No sabía qué hacer, no entendía lo que estaba pasando. Podía ser brujería o una locura científicamente comprobada, no haría diferencia. Ni siquiera si hubiera leído sobre eso en un libro o estudiado durante años para enfrentar situaciones así, estaría preparada para tal locura.

Era una canción infantil, una melodía que solía calmar las noches de Navidad.

Metió pedazos de tela en los oídos de Amara y se encogió a su lado. Aunque luchaba por no escuchar, la música parecía cantarse al borde de su oído. Se infiltraba en su cerebro de manera enfermiza, consumiendo el resto de la cordura que aún le quedaba.

Incluso cuando la última persona se mató, la música aún resonaba.

CAPÍTULO 5



Jingle Bells, jingle bells

Ava, la mujer que fue arrastrada junto con Elena por la desconocida — que ahora tenía nombre, Kali — tuvo que ser atada poco después de que los sobrevivientes se mataran entre sí.

Elena no tuvo oportunidad de conocerla. Era una joven callada, no mucho mayor que ella, con rasgos comunes. Era una estadounidense, sin mucho que la diferenciara del resto de los pasajeros del LivrAir. Además de eso, no pudo notar mucho más sobre Ava antes de que ella comenzara a cantar, sin control alguno, la maldita canción de Navidad.

Aunque Kali y Elena tenían los oídos tapados, la melodía atravesaba los tejidos y llegaba a sus mentes. Ava fue consumida por la misma locura que había engullido al resto del grupo. No tuvieron otra opción que atarla para que no corriera hacia el culto satánico en que se había convertido el grupo de sobrevivientes del vuelo 3393 y se matara — o peor aún, intentara matarlas. Le metieron un trozo de una camisa sucia en la boca y, angustiadas, observaron cómo Ava murmuraba palabras incomprensibles mientras gruesas lágrimas descendían por su rostro.

No mucho después, Ava se cansó y se quedó dormida. Elena y Kali se turnaban para vigilar, y en ese momento Kali también dormía, por lo que Elena luchaba por mantenerse alerta. Jugaba con los mechones de cabello de Amara, masajeando el cuero cabelludo mientras fijaba la mirada en la nada. Se sentía desconectada de su cuerpo, sumergida en un silencio ensordecedor dentro de su mente.

De vez en cuando, el viento zumbaba por las rendijas del fuselaje, erizándole la piel y devolviéndole a la lucidez. Elena fluctuaba entre recordar el pasado y aferrarse al presente, pero era incapaz de absorber todo lo que sucedía a su alrededor.

Su mente volvía a los recuerdos de su hermana, cuando ella aún vivía, como si los necesitara para mantener la cordura — Leticia era un salvavidas en medio del peligroso océano de su mente. Si creyera en el cielo o el infierno, tal vez habría sucumbido al frío o a la locura, solo para encontrar a la menor de la familia una última vez.

Elena tocó el broche del LivrAir debajo de sus abrigos. Se había convertido en azafata por su hermana. Recordaba cómo jugaban juntas en el parque, fingiendo que los clavos mal colocados en la madera de la casa del árbol eran los botones de la cabina de mando, y cómo le decía con una voz seria y ensayada a Leticia que se abrochara el cinturón porque el avión estaba a punto de despegar. Eran una tripulación de dos, la comandante y su copiloto, explorando el mundo en una fantasía que sólo ellas podían ver. Hasta que la tripulación de dos se convirtió en una sola.

La azafata suspiró y sacudió a Kali. Eran recuerdos demasiado dolorosos como para permanecer despierta reviviéndolos.

— Es tu turno — avisó con exageración, para que ella entendiera incluso con los oídos tapados. Kali asintió con la cabeza y trató de erguirse para mantenerse alerta. Abrió los ojos exageradamente y le hizo una señal a Elena para que se recostara.

La rubia apoyó la cabeza en la pared de la *galley* y se acercó a Amara. Se aseguró de que la comandante respiraba antes de acomodarse entre los abrigos.

Tenía miedo. Sus ojos insistían en cerrarse, pero su cerebro luchaba con todas sus fuerzas, como si supiera que, en el momento en que se durmiera, estaría demasiado vulnerable a las locuras que habían invadido esa aeronave.

Abrió los ojos con fuerza y trató de enfocar la figura de Kali para asegurarse de que estaba despierta, cuidando la retaguardia, y que podría dormir en paz, pero no lo logró. El sueño la consumió de inmediato y Elena se hundió en las borrosas memorias de las Navidades pasadas.

Detrás de sus párpados, recordó la última vez que pasó la fecha con su hermana.

Fue el tipo de siesta que pudo haber durado horas o solo un minuto. Un parpadeo, una conciencia vacía. Su cuerpo y mente estaban tan exhaustos que podría haber dormido tres días sin darse cuenta. Escuchaba el suave sonido de una canción navideña, murmullos tranquilos, como los de su madre cuando la acunaba de niña.

Como la voz de Leticia, peinándole el cabello antes de la fiesta de Navidad.

Sin embargo, cuando abrió los ojos, supo que había dormido demasiado tiempo.

Berna estaba frente a ella. Sus ojos grandes y redondos mostraban una expresión de choque y terror, y, como si pudieran leer su alma, se fijaban en Elena. La sangre le corría por el rostro, manchando sus mejillas y goteando por su barbilla. No podía identificar de dónde venían esas salpicaduras desiguales. Ella cayó hacia atrás, golpeando su cadera contra la alfombra sucia y arrastrándose lejos de Elena como si la rubia fuera la causa de todo aquello.

Solo entonces la azafata notó el cuchillo en la mano de Berna.

Elena se tocó el cuerpo en busca de heridas, sumida en una especie de embriaguez causada por el sueño, y pensó que el shock podría haberle anestesiado el dolor de haber sido apuñalada. La sangre empapaba el suelo y su ropa, una cantidad suficiente para ensopar los tejidos.

Así que era eso, moriría en el Ártico, entonces.

Sus ojos se deslizaron hacia Amara, una parte de sí deseando que ella no sufriera los mismos males que habían afectado al resto de la aeronave. Si pudiera pedir un milagro de Navidad, sería que ella sobreviviera a esa tragedia. Desafortunadamente, nadie parecía dispuesto a hacerle creer que había alguien en el cielo cuidando de ellos.

Elena se inclinó hacia el cuerpo de la comandante y la tocó con manos temblorosas, incrédula ante lo que veía. Su garganta cortada vertía sangre. No estaba degollada como los demás, era un corte fino, casi sutil. Los dedos vacilantes recorrieron el charco escarlata que se formaba en su pecho, subiendo hasta el rostro delicado, hinchado por el impacto del avión, y terminaron descansando sobre los labios agrietados por el frío.

No. Elena murmuró esa palabra para sí misma repetidas veces, ajena al resto del mundo. Aquello era peor que haber sido asesinada. Era peor que si esa sangre fuera suya.

El peor tipo de abandono que alguien podía sufrir era el que traía la muerte. Ver a las personas que amaba irse dolía mucho más que la idea de dormir para siempre y dejar ese mundo atrás. El accidente era la materialización de sus peores pesadillas, de sus miedos más profundos. Elena se había mudado tan lejos porque era más fácil abandonar que ser abandonada — sin embargo, allí estaba.

Gritó, abrazando el cuerpo de Amara contra sí. Esa muerte significaba el final; no era solo la muerte de la comandante, de la chica por quien sentía deseos que nunca podría satisfacer: era la muerte de lo que quedaba de su esperanza. El fin de esa tripulación.

Soltó el cuerpo de su amada contra la alfombra y se lanzó sobre Berna, que había empezado a gritar al darse cuenta de lo que había hecho. Imploraba perdón mientras seguía cantando la clásica melodía de *Jingle Bells*, oscilando entre la locura y la consciencia, al mismo

tiempo que Elena golpeaba su cabeza contra el suelo y gritaba en su rostro.

Cuando los gritos de dolor de Berna no fueron suficientes, tomó el cuchillo de su mano y le cortó la garganta con un golpe firme y rápido. Su último grito fue seguido por el silencio, y sus ojos miraron al techo del avión por última vez, con los labios entreabiertos, en medio de una desesperada melodía.

Elena sintió la sangre salpicando sus mejillas, escurriéndose por la hoja y empapando el tejido de su guante. Su corazón latía al mismo ritmo que la sangre de Berna fluía, mientras una extraña sensación de calma se extendía por sus huesos, haciéndola olvidar el frío infernal que recorría su cuerpo.

— ¿Qué hiciste? — preguntó Kali, su voz juzgadora, cargada con su marcado acento indio. — Tú también estás contaminada… — Se levantó del suelo, sus ojos, que aún reflejaban el sueño, se abrieron con la adrenalina. — Dios mío…

— ¡Te dormiste! — acusó Elena, apuntando el cuchillo en su dirección. — Deberías haber estado vigilando, pero te dormiste. ¡Ella está muerta, y es tu culpa!

Kali dio un paso atrás y se apoyó en las paredes de la aeronave. Miró a Ava, amarrada y amordazada en la esquina de la *galley*. También estaba muerta, con la garganta cortada en un grito desesperado, ya que sus labios seguían tapados con el trozo de tela.

— ¡Es tu culpa! — repitió Elena.

— Fuiste tú quien la mató — murmuró Kali, mirando a su alrededor, buscando por dónde escapar. — Yo no maté a nadie, fuiste tú quien lo hizo.

— ¡Mírala! — Elena se acercó con el cuchillo en su rostro y la obligó a mirar los cuerpos de Ava y Amara. — ¡Están muertas por tu culpa!

— ¡No! — Kali la empujó con brutalidad, pasó por encima del cuerpo de Berna y corrió por los pasillos del avión.

Elena la siguió. Dentro de sí, no sabía si deseaba matarla o si la idea de quedarse sola entre esa pila de cuerpos la asustaba más que correr tras Kali.

Descendieron por las rampas del avión. Kali corrió sobre la nieve, escondiéndose en la oscuridad. Elena gritó su nombre, corrió por el hielo con la respiración pesada y entrecortada, y pateó los cuerpos de los locos que se habían matado en el camino. Maldijo a Dios y al Diablo. Buscó a la última mujer sobreviviente de esa tragedia en la oscuridad, sintiendo que cada segundo que respiraba ese aire, estaba perdiendo la cordura, dejándose llevar por esa locura que incluso tenía destellos de consuelo.

La idea de tener control sobre su propia vida al punto de quitarla no era del todo mala; Elena no sería arrastrada por el frío o por accidentes, ella sería la responsable de decir cuándo aquel infierno acababa. El machete en su mano pesaba como una consolación, arrastrado por la nieve como si pudiera limpiar el camino de todos esos recuerdos dolorosos, acabar con todo el sufrimiento que explotaba en su pecho.

Elena se lanzó a la nieve e inhaló el olor del hielo mezclado con la sangre y el sudor de su ropa. Gritó el nombre de Kali una última vez, pero la mujer se había escondido y desaparecido en el infierno glacial.

Cuando sus ojos captaron las estrellas de la noche polar, notó que al fondo luces verdes ascendían por el cielo formando una aurora boreal. La noche polar astronómica la envolvió en una sensación de consuelo y destino que la sacudió de un lado a otro como una canción de cuna — como una canción de Navidad.

Elena rio. *Cuánta locura*. Se levantó y regresó a la aeronave con el machete apoyado en la nieve, abriendo camino por donde pasaba. Comenzó a tararear, sin pretensiones, moviendo el

cuerpo de un lado a otro, usando la hoja como bastón.

Poco tiempo después, estaba cantando a voz en cuello la melodía de "*Jingle Bells*" por todo el Polo Norte, pero no había nadie para escucharla.

Existían, al fin y al cabo, males mucho peores que la muerte.

CAPÍTULO 6



Jingle all the way

Los escombros del vuelo 3393 parecían una escena de película de terror.

Adelia Ivanovna llevaba muchos años en el sector de los accidentes aéreos, pero nunca había visto algo así. Durante su entrenamiento, cuando aún vivía en Rusia, escuchó sobre los sobrevivientes que se alimentaron de los fallecidos en los Andes, pero lo hicieron de manera humana y consciente, debido a varios días de hambre extrema y sin ninguna esperanza de ser rescatados.

Esos pasajeros y tripulantes habían estado en la noche polar solo dos días cuando el equipo de rescate aterrizó en el Polo Norte. El rescate fue difícil; localizar aeronaves en la oscuridad del Ártico durante las tormentas de nieve era algo que no habrían logrado sin un enorme respaldo tecnológico. Aunque la tripulación era consciente de las dificultades del rescate, Adelia no podía entender cómo habían perdido la fe hasta el punto de quitarse deliberadamente la vida.

Pateó una caja de chocolates tirada en el suelo de la aeronave. La comida no se había acabado, y en el hielo glacial, la falta de agua no era suficiente para enloquecerlos de esa manera. No quería sonar insensible, pero sus pensamientos oscilaban entre comprender qué tipo de locura o histeria había caído sobre ese avión y juzgar la falta de esperanza de esa gente. ¿Sería posible que algo superior, incomprensible para ellos, los hubiera dominado?

— Unas horas más sobreviviendo y habrían sido rescatados — lamentó un compañero a su lado, tomando fotos de la escena mientras los cuerpos eran llevados a los helicópteros.

Adelia metió las manos en los bolsillos. El frío estaba castigando más a sus colegas que a ella, pero no dejaba de ser insoportable. Se acurrucó dentro de su abrigo y continuó evaluando el lugar. Era difícil distinguir lo que había ocurrido en ese caos.

Algunos parecían haber muerto por el impacto. La pila organizada afuera, cubierta por la nieve, probablemente era de los que fallecieron con la caída del avión. Sin embargo, había cuerpos allí sin señales de heridas cuya causa sólo se podría determinar en la autopsia — y, por supuesto, había cabezas rodando por todas partes. Personas degolladas en cada rincón que miraba, algunas con cortes finos en la garganta, otras con el cuello colgando y otras completamente decapitadas del resto del cuerpo.

Se acordó de su novia, de una noche en que vieron un documental sobre un antiguo pueblo que bailó hasta morir. *Histeria colectiva*, había dicho ella. Era una especie de infección mental, pero Adelia no estaba segura de que la psicología pudiera explicar lo que había sucedido allí.

La gente crearía teorías, hablarían de brujería, asesinos en serie y cualquier locura que se les ocurriera. Era más fácil imaginar narrativas fantasiosas que admitir que esas personas se habían sumergido en las profundidades de sus propias mentes y terminaron consumidas por los miedos que las afligían después de la caída del avión.

El inconsciente era poderoso. Aquello que guardaban dentro de sí y que no deseaban que el mundo viera nadaba en lugares oscuros y se escondía en árboles retorcidos. Adelia sabía que

el ser humano podía causar males que ella jamás sería capaz de imaginar o comprender, aunque su pasatiempo fuera leer sobre accidentes aéreos y crímenes reales. Bastaba una oportunidad para que el monstruo que habitaba en cada uno despertara.

Detuvo su caminar. Allí había algo que encajaba aún menos. Quizás, si Adelia se esforzara, podría juntar a las personas muertas en la caída, a las que no tenían heridas pero también estaban muertas, a aquellas cabezas degolladas. Podría formar una historia.

Se agachó frente a la mujer rubia, sentada en la parte trasera de la aeronave. Sus ojos marrones miraban al vacío con determinación. Necesitó coraje para hacer eso. No era como los otros que habían cortado las gargantas; esta había clavado el cuchillo en el corazón.

Adelia apartó su ropa al notar que algo brillaba debajo de la chaqueta congelada. Fue difícil moverla, los miembros estaban petrificados y los puños cerraban sobre el mango del cuchillo con una fuerza descomunal. Una fina capa de hielo cubría su cuerpo, la nieve acumulándose en las extremidades. El frío hizo que los muertos ni siquiera olieran, permanecieron preservados como si la muerte los hubiera visitado la noche anterior.

Estaba con el uniforme de LivrAir, el broche de identificación brillando con la luz de las linternas. *Elena*. Adelia soltó un suspiro y sacudió la cabeza en señal de incredulidad. Ese sería uno de los casos más difíciles de explicar a los medios.

Escuchó que la llamaban desde afuera y dejó a la azafata atrás. En el camino, sacudió su propio cuerpo, angustiada. Clavar un cuchillo en el propio corazón no era para cualquiera. Esa mujer había llegado al extremo, sin duda.

Adelia se detuvo al lado de un amigo que empaquetaba los muertos para ponerlos en los helicópteros. Él quiso mostrarle la pila de cadáveres degollados, que ella ya había visto de pasada al llegar al lugar, pero optó por averiguar después. Decenas de personas estaban esparcidas en la nieve, en círculo, todas con las gargantas cortadas.

Sería, en efecto, un rompecabezas difícil de encajar.

Uno de los miembros del equipo de rescate pasó por ellos cargando un cuerpo. Su rostro serio, torcido, contrastaba con la melodía que salía de sus labios. Adelia frunció el ceño, tratando de identificar la canción. Era un hombre viejo, corpulento, y una sonrisa irónica amenazó con brotar en sus labios al darse cuenta de que se parecía a Papá Noel, con una barba blanca y espesa y los cabellos del mismo color saliendo de un gorro oscuro.

Se dio cuenta de que estaba cantando "*Jingle Bells*".

— Oye — llamó su amigo al hombre. — Deja de cantar, no es apropiado.

El empleado comprimió los labios y torció el rostro. No dijo nada, siguió cargando el cuerpo hasta el helicóptero — y, poco después, estaba cantando otra vez.

AGRADECIMIENTOS

Todas las mañanas, antes de ir a la escuela, mi abuela se sentaba en el asiento del conductor del carro e iniciaba el día con su discurso de despegue. Luego, avanzábamos por la calle vacía a las seis de la mañana, fingiendo que subíamos hacia el cielo. Ella era la comandante y yo su copiloto.

De alguna manera, todos mis buenos recuerdos, cuando hablo de escritura y aviación, siempre terminan llegando a mi abuela. Ella marcó mi amor por la literatura, por la Navidad, por conocer el mundo y por la vida. Me enseñó que la intensidad no era un defecto, sino una cualidad rara. Por todo eso, soy muy agradecida. Ninguna de mis historias o ambiciones sería tan profunda si no fuera por la pizca de locura de mi abuela Lucia.

Luces de Emergencia fue un cuento escrito tan rápido como un vuelo de São Paulo a Rio de Janeiro (para aquellos que no conocen Brasil, es un vuelo súper rápido). Lo escribí y lo terminé en 18 días. Para eso, tuve que dedicarme en las madrugadas y en mis tiempos libres, lo cual solo fue posible gracias a mi otra abuela, Lindalva, que siempre me deja tranquila con todo en la vida y me enseña todos los días que la paz es la mayor bendición que un ser humano puede tener. Sin la paz que ella trae a mis días, no habría podido producir un cuento tan desafiante con tanta calidad en tan poco tiempo. ¡Gracias, abuela! Tener una red de apoyo es una de las mayores preciosidades que tengo actualmente.

Quiero agradecer también a mi padre, quien, a pesar de su resistencia, terminó ayudándome a pagar mi carrera de ciencias aeronáuticas y (con mucha queja) me incentivó a ser lo que yo quisiera. Su apoyo en mi sueño de alcanzar los cielos fue crucial para que mi amor por la aviación no muriera. Estoy muy agradecida por la oportunidad de haber estudiado una de las cosas que más amo y de ahora poder, finalmente, tener mi diploma y decir que soy licenciada en ciencias aeronáuticas.

Gracias a mi maravillosa madrastra, quien me apoya todos los días y fue una de las primeras en creer que llegaría lejos como escritora. Sabes que tu presencia en mi vida es una de las cosas por las que jamás podré estar lo suficientemente agradecida.

Antes de escribir otra novela en los agradecimientos: ¡Gracias a mis amigas y lectores *beta*! Gracias, Ariane, por ser la primera persona en leer mis locuras y apoyarlas todas. Rafael, por ser el lector beta más ordenado que he tenido. Leticia, por siempre enriquecerme con tus datos aleatorios (y oscuros). Y por último, a Camile y Mima, por ser las lectoras de romance que aceptan traumatizarse leyendo mis libros en nombre del arte.

Este libro fue escrito originalmente en portugués, y traducirlo parecía un sueño lejano. Sin embargo, vivir en México me impulsó a llevar estas palabras aún más lejos. Esto no habría sido posible sin mis *roomies* y mi maravillosa novia.

Gracias, Melissa, por haber sido la mejor compañera de cuarto que alguien podría pedir, incluso cuando casi me envenenas porque no sabía pedir una menta en español y terminé diciéndote "pastilla" (que en portugués es menta, pero en español es medicina). Te extraño en todo momento, pero especialmente cuando mi habitación está muy silenciosa y recuerdo nuestras

risas tarde por la noche.

Gracias, José, por tener la paciencia de enseñarme español, leer mis trabajos para corregir errores, y hacerme compañía todos los días en la mesa de vidrio de la sala mientras yo escribía y tú estudiabas. Te admiro mucho y sé que serás un médico inigualable.

Por último, gracias a mi gran amor, Maru, quien no solo me enseñó a hablar español como una verdadera *culichi*, sino también que la vida puede, de hecho, ser como un libro de romance. Este libro fue traducido para ti porque te veía apoyarme todos los días como mi fan número uno, aun sin entender las palabras que yo ponía en el papel. Ahora puedes experimentar lo talentosa y loca que es tu güerita.

Mi carrera ha estado llena de logros desde que lancé *Luzes de Emergência* en portugués, en 2022: gané el premio a la mejor narrativa de suspenso por la ABERST, fui finalista del Premio Amazon de Literatura Joven, agoté libros físicos, firmé un contrato de publicación con una editorial y superé todas mis metas. Sin ti, lector, nada de esto sería posible. Muchísimas gracias por estar siempre presente conmigo en las redes sociales, por celebrar mis logros, desear mi éxito y leer mis obras. Nunca podré agradecer lo suficiente por todo el apoyo que me han brindado.

Espero que *Luces de Emergencia* te haya recordado que hay cosas peores en Navidad que el pariente fastidioso o las pasas en el arroz. ¡Feliz Navidad!

SOBRE LA AUTORA



Ganadora del V Premio ABERST con el thriller psicológico “Maldita Seja Eva” y finalista del Premio Amazon de Literatura Juvenil con el suspenso YA “Cruzeiro de Mentirosos”, Julie Pedrosa es conocida entre sus amigos como “Barbie”: autora brasileña best-seller de Amazon, licenciada en ciencias aeronáuticas, estudiante de psicología y con un espíritu viajero que le impide quedarse mucho tiempo encerrada en casa, la escritora de suspenso

equilibra lo mejor de los tres mundos — y aunque todo esto parezca muy distinto, ella cree que sus carreras convergen en un punto: todas la llevan a nuevos mundos, sean reales o ficticios.

En el suspenso, Julie encontró el matrimonio perfecto con la psicología; sin embargo, como lesbiana, sentía la falta de ver una buena representación femenina y LGBTQIA+ dentro del género. Por eso, empezó a escribir sus propias historias sobre mujeres que aman a mujeres, investigan crímenes y no dudan en apretar el gatillo.

Sígueme en Instagram @escritoradebordo para no perderte ninguna novedad o envíame un correo electrónico a escritoradebordo@gmail.com.

Deja tu comentario en la página de Amazon.
¡Tu apoyo es muy importante para mí y me motiva a seguir escribiendo!

Prohibida la copia total. Copia parcial solo para reseñas.
Todos los derechos reservados.